La Juventud Popular en el Peru

Julio Carrión

MINIMAIED

LA JUVENTUD POPULAR EN EL PERU

Julio Carrión

MINIMA IEP

COLECCION MINIMA / 21

Esta publicación forma parte del proyecto "Radicalización y violencia política entre jóvenes de las clases populares en *el Perú*", *auspiciado por la Fundación Ford*.

© IEP ediciones
Horacio Urteaga 694, Lima 11
Telfs. 32-3070 / 24-4856

Impreso en el Perú
1ra. edici6n, marzo 1991
1,000 ejemplares
ISBN 84-89303-03-7

Edici6n y diseño: Gonzalo Nieto Degregori

LA JUVENTUD POPULAR EN EL PERÚ

CONTENIDO

PREFACIO 9

Primera parte. LA JUVENTUD EN EL PERÚ. NOTAS SOBRE EDUCACIÓN Y EMPLEO

Introducción 15

Capítulo 1. *La presión demográfica: la creciente importancia de los jóvenes*
1. El peso demográfico de la juventud 18
2. Urbanización y metropolización 21

Capítulo 2. *La expansión educativa* 26
1. La disminución del analfabetismo juvenil 29
2. El incremento de los niveles educativos 31
3. La expansión universitaria 34

Capítulo 3. *Juventud y trabajo*
1. La tasa de participación económica a nivel nacional 37
2. El empleo juvenil por ramas de actividad económica 44

Capítulo 4. *Sumario y reflexiones finales* 50

Segunda parte. LA JUVENTUD POPULAR EN LIMA METROPOLITANA

Introducción 59

Capítulo 1. *Los jóvenes en las clases populares*
1. La participación de los jóvenes en las clases populares 62

2. Juventud popular y migración 65

Capítulo 2. *Educación y juventud popular: una brecha que se está cerrando* 68
l. La elevación de los niveles educativos 69
2. Las diferencias por género 70
3. Niveles educativos y condición migratoria 71

Capítulo 3. *Juventud popular y empleo*
1. Desempleo y subempleo: los problemas de ser joven 76
2. Migración, educación y empleo juvenil 79

Capítulo 4. *La juventud popular* en *el trabajo*
l. La distribución del empleo juvenil por ramas de actividad económica 87
2. Los jóvenes según categorías ocupacionales 93
3. La duración de la jornada laboral 98

Capítulo 5. *Juventud popular e ingresos* 104
l. Ingresos por edad y sexo 105
2. Los migrantes jóvenes: los más pobres 108
3. Ingresos y educación 110

Capítulo 6. *Juventud popular e inestabilidad laboral*
1. Inestabilidad laboral: construyendo la variable 114
2. La eventualidad entre los jóvenes populares 117

Capítulo 7. *Sumario y conclusiones* 124

Anexo. *Definición de los estadísticos de asociación usados* 134

BIBLIOGRAFÍA 137

PREFACIO

En Un seminario organizado por la CEPAL en Bogotá, en 1985, y dedicado a examinar las políticas de juventud en los países andinos, se entabló una discusión interesante acerca de la definición de juventud. En general, el debate mostró dos tendencias: unos consideraban que el concepto de juventud era una mera construcción demográfica y/o estadística; otros, en cambio, argumentaban que los jóvenes eran una realidad *sociológica*, contextuada pero no exclusivamente definida por *la* edad.

Aunque buena parte de las dificultades de esta segunda posición provenía de la falta de una adecuada o convincente definición de los así llamados 'roles juveniles' en una sociedad determinada, la discusión era un tanto artificial, puesto que ambas tesis son fácilmente reconciliables. En efecto, un determinado grupo demográfico, definido como franja poblacional, puede llegar a adquirir una tangible realidad sociológica. Es decir, alcanzar características comunes, una 'probabilidad de vida' semejante, que lo definen y moldean, a la vez que lo diferencia de otros grupos en la sociedad. En tal sentido, Rodrigo Parra está en lo cierto cuando señala que la "juventud es un concepto cultural que tiene un origen histórico; que puede tener un auge y un re-

pliegue" (Parra 1985: 2). Pero lo anterior no impide que, en la búsqueda de rigor Y precisión en el análisis, tal sector social se defina operativamente atendiendo a rangos de edad.

Si algún grupo poblacional con América Latina tiene derecho a ser reconocido, también como grupo social, es precisamente el de los jóvenes. Desde mediados de la década del sesenta, la juventud latinoamericana no sólo ha hecho sentir su presencia en el ámbito cultural -donde por cierto siempre tuvo una participación destacada que data de comienzos de siglo- sino también en las más áridas, pero no por ello menos importantes, estadísticas poblacionales. Es más, en una serie de países latinoamericanos y centroamericanos, la juventud se ha convertido en una fuerza política de propio derecho. En muchos de estos casos, este sector poblaciona1 ha presionado por soluciones políticas de claro corte radical, lo que ha puesto en riesgo ciertas experiencias frágiles de democratización política, incluyendo el Perú.

Este documento, así como el dedicado a los jóvenes populares de Lima Metropolitana, tiene un doble objetivo: primero, proveer, de una manera organizada, información estadística sobre los jóvenes; segundo, plantear algunas reflexiones sociológicas acerca de la condición juvenil en el Perú y en Lima. Sin embargo, este documento y el de la juventud trabajadora de Lima, comparten un mismo prefacio. La intención es remarcar su unidad de propósito, y el hecho de ser productos de una misma investigación.

***

Porque muchos probablemente sentirán, como el autor, que un análisis de la condición juvenil basado exclusivamente en estadísticas, con lo

importante que ellas son, no puede pretender ofrecer una interpretación completa de la condición juvenil, debe aclararse lo siguiente. Este es parte de una investigación mayor, titulada "La radicalización política de la juventud popular en Lima", dirigida por Julio Cotler, y financiada por la Fundación Ford. Este proyecto, como su propio título lo indica, está destinado a estudiar la cultura política y el proceso de radicalización política de los jóvenes. Otros sub-proyectos analizan específicos sectores juveniles, basados en entrevistas en profundidad.

Versiones parciales del presente trabajo fueron leídas y criticadas por, además del director del proyecto, Norma Adams, Cecilia Blondet, Jürgen Golte, Romeo Grompone, Nicolás Lynch y Fernando Rospigliosi. Sus valiosos comentarios y sugerencias mejoraron el trabajo notablemente. Los últimos borradores recibieron innumerables observaciones por parte de Francisco Verdera. Gracias a él, diversos errores de forma y contenido fueron corregidos; si algún error significativo permanece, ello se debe probablemente a mi reticencia a aceptar todas sus sugerencias. A Carlos Contreras quiero agradecerle su infatigable apoyo a la publicación de estos informes. A Julio Cotler por su constante apoyo y su insistencia en que se culmine estos documentos; gracias a él los momentos de desaliento pudieron ser superados.

Agradezco también a Jorge Bernedo y Daniel Chiri. Al primero por su amable disposición a colaborar con todos aquellos interesados en los problemas de la fuerza laboral en Lima, y al segundo por su ayuda en los aspectos operativos de las encuestas en hogares.

Reconozco mis deudas con Pedro Galín, NFAtigable amigo, porque mi modesto conocimiento de los problemas del empleo serían más modes-

tos aún si no hubiera sido por las muchas horas de trabajo que pasamos en común, en un proyecto anterior.

Finalmente, gracias también a Doriz, por su paciencia y continuo apoyo.

Pittsburgh, abril 1990.

Primera parte

LA JUVENTUD EN EL PERU
Notas sobre educación y empleo

INTRODUCCION

¿Por qué es importante el estudio de los jóvenes? En el prefacio se ofrecieron algunas razones. La más urgente de ellas era que los jóvenes han constituido, y aún constituyen, la base social más importante de diversos movimientos contestatarios y radicales en América Latina y el Perú. Entender por qué amplios sectores juveniles optan por este tipo de participación política es de una apremiante necesidad para todos aquellos interesados en la preservación, consolidación y ampliación del régimen democrático en esta parte del continente. Algunas respuestas a esta interrogante, que enfatizan los aspectos políticos y culturales, han sido ya avanzadas (para el caso peruano, por ejemplo, puede consultarse Cotler 1987). El presente trabajo quiere explorar una vía distinta: la relacionada con la condición educativa y laboral de los jóvenes.

Juan Terra (1985: 6) nos previene contra la idea de que la sociedad tiene un problema *con* los jóvenes. Según él, es en realidad *a través* de los jóvenes que la sociedad es capaz de reconocer sus propios conflictos y contradicciones. Por esta razón, "una sociedad moderna que amplíe y diversifique de manera dinámica su economía y su estructura ocupacional con servicios creadores de la ciudadanía social, cuyo sistema político

sea participativo Y que tenga una alta capacidad de promover y asimilar cambios, no debiera tener con la juventud una relación cualitativamente distinta de la existente con los distintos grupos sociales de posición o de opinión. El que la tenga proviene de insuficiencias estructurales para incorporar las nuevas generaciones, Y de las rigideces de la sociedad y de sus grupos dominantes para procesar los cambios propios de la dinámica histórica" (Idem).

Estas 'insuficiencias estructurales' de la sociedad son mucho más evidentes en un contexto en el cual existe una "creciente presión juvenil por lograr mayor participación efectiva en el trabajo, en el estudio, en la vida social y hasta en el mundo de la política" (Gurrieri y Torres-Rivas 1971:13). De esta manera, el conflicto entre las demandas juveniles y las notorias insuficiencias estructurales de la sociedad, hace posible la emergencia de una serie de problemas ocupacionales y sociales entre la juventud, tales como el desempleo, subempleo, bajos ingresos, inestabilidad laboral, apatía política, radicalismo político, delincuencia, etc. En este trabajo queremos ilustrar cómo las crecientes presiones juveniles no han sido total y adecuadamente satisfechas.

Se analizará, en primer lugar, la evolución demográfica de los jóvenes. En segundo término, se examinará el crecimiento educativo. Finalmente, exploraremos algunos de los temas ligados al quehacer laboral de aquellos jóvenes ya incorporados al mercado de trabajo.

Nuestra fuente básica de información serán los censos nacionales. Muchos, y con justa razón, alegarán que la información así obtenida no es ni la mejor ni necesariamente la más confiable. Las críticas realizadas a la cobertura censal y a su confiabilidad, en el Perú como en otros países latinoamericanos, son numerosas como para no

reparar en ellas (confrontar por ejemplo Suárez 1979; Wainerman y Rechinni 1981). Sin embargo, a pesar de todas sus limitaciones, los censos constituyen la única fuente de información a nivel nacional de diversas variables socio-económicas. Adicionalmente, los datos censales son aquí utilizados para realizar comparaciones a través del tiempo.

Capítulo 1
LA PRESION DEMOGRAFICA: LA CRECIENTE IMPORTANCIA DE LOS JOVENES

La sociedad peruana ha sufrido importantes cambios poblacionales en los últimos cuarenta años, no sólo en torno a su crecimiento cuantitativo sino, también, en relación a su localización. En 1940, el Perú tenía, en proporción, menos jóvenes (definidos operacionalmente como aquéllos que tienen entre 15 y 24 años) que ahora, y la mayoría de sus residentes vivía aún en el campo. Desde entonces, la población peruana, y en especial sus jóvenes, ha crecido rápidamente, y se ha trasladado a las ciudades de manera igualmente constante. En este capítulo se explicará ambos procesos.

1. El peso demográfico de la juventud

El Perú es en la actualidad un país con una significativa población juvenil, producto de las altas tasas globales de fecundidad de las décadas pasadas. En los últimos cuarenta años, la proporción de jóvenes ha ido aumentando paulatinamente: en 1940 ellos representaban el 18% de la población total; en 1981 dicho porcentaje se elevó a 20.4%. Para comprender cabalmente la importancia de esta proporción es necesario ofrecer algunas comparaciones. Por ejemplo, el porcentaje de jóvenes en el Perú es la más alta de

toda el área andina (Bolivia, Ecuador y Perú). Más aún, si se realiza un ranking de países latinoamericanos en función del peso de los jóvenes en su población, el Perú alcanza un sorprendente quinto lugar (cuadro 1).

Este fenómeno es la clara expresión de la explosión demográfica que el Perú ha experimentado en las últimas cuatro décadas. Tal como lo han señalado numerosos autores (por ejemplo, Wicht 1980: 22; INE 1981:7), mientras la mortalidad infantil se redujo a partir de 1950, los patrones de comportamiento de la fecundidad se mantuvieron relativamente estables (ver cuadro 2).

Cuadro 1
Ranking latinoamericano de proporción de jóvenes en la población total, *circa* 1980

	País	Jóvenes Pob. total %
1.	Venezuela	23.2
2.	Costa Rica	22.6
3.	Colombia	22.4
4.	Rep. Dominicana	22.0
5.	Perú	20.4
6.	Paraguay	20.2
7.	Nicaragua	20.1
8.	Panamá	20.1
9.	Cuba	20.0
10.	El Salvador	19.9
11.	México	19.9
12.	Ecuador	19.8
13.	Brasil	19.5
14.	Haití	19.3
15.	Honduras	19.1
16.	Bolivia	19.0
17.	Chile	18.9
18.	Argentina	16.7
19.	Uruguay	16.3

Fuente: Sala 1986: tabla 662.

Cuadro 2

Perú, evolución de la tasa de mortalidad infantil y de la tasa global de fecundidad, 1940-1981

Años	Tasa de mortalidad infantil	Tasa global de fecundidad
1940	195.0	6.0
1961	130.0	6.4
1972	114.0	6.1
1981	101.0	5.2

Fuente: Consejo Nacional de Población 1984.

El resultado ha sido un constante aumento de la pob1ación,[1] sustentado sobre todo en el incremento de la proporción de los menores de 25 años en la pirámide demográfica peruana, efecto de la mayor supervivencia infantil.

La situación descrita no es, en modo alguno, exclusiva al caso peruano. Generalmente se ha creído que la disminución de la mortalidad conlleva como resultado la elevación de la esperanza de vida al nacer, lo que a su vez repercute en el paulatino "envejecimiento" de la población. Sin embargo, en América Latina y en el Perú, "el efecto de la mortalidad reducida ha sido rejuvenecer a la población, más bien que envejecerla" (UNICEF 1966; citado en Gurrieri 1971:16). La razón de esta "anomalía" ha sido la mantención, por lo menos hasta la década del setenta, de altas tasas de fecundidad.

Por todo lo anteriormente dicho, es claro que, en lo que va del presente siglo, nunca como

1. Que se expresa, por ejemplo, en el aumento de la tasa media de crecimiento poblacional. Así, entre 1940 y 1961, la población creció a un ritmo de 2.76% medio anual. Entre 1961 y 1972, esta tasa aumentó al 2.87%. Finalmente, entre 1972 Y 1981, se estabilizó en 2.71% (INE 1984a:29).

ahora ha sido tan alta la proporción de los jóvenes en la población peruana. Más aún, no lo será incluso en el futuro.[2] Como se verá, este crecimiento juvenil ha sido acompañado por un acelerado proceso de urbanización y de concentración espacial en la ciudad capital.

2. **Urbanización y metropolización**

Desde 1940 la sociedad peruana ha mostrado una rápida tendencia a la urbanización y la concentración espacial en unas cuantas ciudades grandes, en especial Lima Metropolitana. Los jóvenes, en todo caso, han vivido con mayor intensidad estos dos fenómenos: ellos se han urbanizado a un ritmo mayor que la población total, y han tendido a agruparse en mayores proporciones en la ciudad capital, proceso que denomino -para usar un término corto- metropolización.

Antes de abordar directamente este tema, creemos conveniente dedicar algunas reflexiones en torno a las clasificaciones censales de lo "urbano" y lo "rural". Tal como se ha indicado en otro trabajo (Galín, Carrión y Castillo 1986:48), el criterio que el Instituto Nacional de Estadística ha manejado para los censos de 1972 y 1981, sobreestima considerablemente la población urbana de nuestro país. Esto se debe a la muy generosa definición de "centro urbano" que se maneja.

De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística (INE), se considera como urbano al

2. El proyectado descenso de la tasa global de fecundidad, que se registra ya para 1981, así como la sostenida elevación de la esperanza de vida del conjunto de la población, implicará un descenso relativo de la proporción de jóvenes en la población total. De tal forma que, si las proyecciones del INE se mantienen, en el año 2,000 la proporción de jóvenes será de 19.5%, y en el año 2,025 de 16.6%.

"conjunto de centros poblados que tienen como mínimo 100 viviendas agrupadas contiguamente o son capitales de distrito". Esta definición contrasta con la adoptada en los censos de 1940 y 1961, en la que se consideraba como población urbana a aquélla que residía en asentamientos calificados como capital de distrito, o que en su defecto tuvieran características urbanas como calles, plazas, servicios de agua y desagüe, alumbrado, siempre y cuando su número de habitantes no fuera inferior a la capital de su mismo distrito (Suárez 1979: 89). De esta forma, para 1972 y 1981 el INE califica como urbanas a muchas poblaciones que no cumplen con el criterio internacionalmente aceptado, que es de considerar como urbanos a los centros de 2,000 y más habitantes.

Por esta razón, el lNE considera que alrededor del 65% de la población peruana era urbana en 1981. Sin embargo, si se tomara el otro criterio al que hemos hecho mención, ese porcentaje se reduciría a 58.7% (Galín, Carrión y Castillo 1986: 49).

Debido a que la casi totalidad de la información estadística ofrecida por el lNE está procesada de acuerdo al criterio oficial, es imposible analizar esta información sólo para aquéllos que residen en poblaciones de 2,000 y más habitantes, como hubiera sido nuestro deseo. Obviamente, este hecho introduce un sesgo en las cifras de urbanización juvenil en cada uno de los años censales. Sin embargo, este problema se ve bastante atenuado cuando se analiza dicho proceso a través del tiempo, puesto que en este caso, al mantenerse constante la definición de lo urbano, los sesgos son iguales para 1972 y 1981, y la tendencia de urbanización puede apreciarse claramente.

Así, puede afirmarse que en los últimos 20 años, los jóvenes se han desplazado masivamen-

te hacia las ciudades, en una proporción incluso superior a la del conjunto de la población total. En efecto, mientras sólo el 50% de los jóvenes residían en áreas urbanas en 1961, esa cifra se incrementa al 70% en 1981. El porcentaje de jóvenes urbanos para este último año es incluso superior al promedio latinoamericano, que es de 65.2% (CEPAL 1985: 24).

Ahora bien, este proceso de urbanización se presenta aparejado a uno de concentración de la población juvenil en la ciudad capital (Cotler 1986). En 1961, por ejemplo, 22 de cada 100 jóvenes vivían en Lima, mientras que en 1981 esa cifra se eleva a 31. En cambio, sólo 27 de cada 100 habitantes de todas las edades residían en esta ciudad. De igual forma, si se considera sólo al sector urbano, Lima reúne -tanto en 1961 como en 1981- alrededor de 43 de cada 100 jóvenes urbanos. Más aún, en esta ciudad, los jóvenes han crecido a Una velocidad promedio anual mayor que la registrada a nivel nacional (5.1% versus 2.8%, para el período 1961-1981).

En este proceso de urbanización, los hombres y las mujeres han mostrado un comportamiento un tanto desigual. En términos globales, las mujeres jóvenes se han urbanizado en una proporción ligeramente mayor que los varones (cuadro 3). Como producto de esta ligera mayor intensidad relativa de la urbanización entre las mujeres en edad juvenil, se ha producido una alteración en los índices de masculinidad (definido como el cociente de la división del total de hombres entre el total de mujeres, multiplicado por 100) en las áreas urbanas. De esta forma, el índice de masculinidad entre los jóvenes urbanos pasa de 102.1 en 1961 a 94.6 en 1981. Es bastante probable que la explicación de este fenómeno resida en la fuerte tendencia migratoria presente en las mujeres jóvenes durante la década del setenta.

Cuadro 3
Perú, evolución de la tasa de urbanización juvenil y de la población total, 1961-1981
(porcentajes)

	Población urbana		
Jóvenes	Total	Hombres	Mujeres
1961	51.8	51.1	51.5
1972	65.9	66.5	66.2
1981	69.3	70.5	69.9
Pob. total			
1961	47.5	47.3	47.4
1972	59.5	59.7	59.5
1981	64.9	65.2	64.9

Fuente: lNE, Censos Nacionales 1961,1972,1981.

Un estudio del Ministerio de Trabajo, por ejemplo, ha señalado que entre la población migrante hacia Lima, entre 1970 y 1978, las mujeres tenían una proporción mayor en los grupos de edad de 15 a 24 años (Ministerio de Trabajo 1980:105).

¿Por qué es tan importante enfatizar la urbanización y la metropolización? La respuesta se encuentra en el hecho de que estos procesos favorecen generalmente una mayor exposición a la modernidad. Es decir, crean expectativas de consumo, educación, empleo, estatus, etc., que el sistema -como se verá - no siempre es capaz de proveer. Asimismo, el propio crecimiento numérico de los jóvenes (de aproximadamente 1 millón y medio en 1940, a 5 millones y medio en 1981), paralelamente con su proceso de metropolización, se han constituido en factores estructurales importantes que propenden hacia la creación de comportamientos colectivos más estructurados organizativamente, en la medida que aumentan las probabilidades de incorporación

de la mayoría de los jóvenes en instituciones modernas (universidades, fábricas, estado, sindicatos) generadoras, o al menos potencialmente generadoras, de identidades que van más allá de la simple adscripción geográfica local.

Un hecho que debe ser destacado en toda su magnitud, es la creciente participación de la mujer joven en todos estos procesos. Ellas no sólo se han incorporado al proceso de migración, adquiriendo de esta forma también los beneficios de la urbanización, sino también, como se verá, son las que en forma más radical han cambiado algunas de sus características tradicionalmente adscritas, como el analfabetismo y las bajas tasas de participación en la actividad económica.

Capítulo 2

LA EXPANSION EDUCATIVA

Si se tratara de escoger el indicador más apropiado para graficar el proceso de modernización de la sociedad peruana en los últimos cuarenta años, la educación sería sin duda la elegida. Pocas variables, sociales o económicas, pueden mostrar con mejor claridad las importantes transformaciones que la sociedad peruana ha experimentado en las recientes décadas. Al mismo tiempo, es también en el campo educativo donde puede apreciarse los límites de la acción estatal.

En efecto, la magnitud de la transformación educativa ha sido tan importante que algunos autores (por ejemplo, Fernández 1985) han hablado de una verdadera "explosión educativa". Desde 1940 la población peruana se ha incorporado al sistema educativo de manera sostenida y acelerada. Tomemos como un inmediato indicador, por ejemplo, la asistencia a las instituciones educativas: en escasos 40 años, la tasa de escolaridad de la población peruana entre 6 y 14 años pasó de 29.7 a 90.1 (Fernández 1985). Es decir que, para 1981, nueve de cada diez niños eran captados por el sistema escolar.

Como acertadamente nos lo recuerda el propio Fernández (1985: 5), para tener una verdadera idea de la magnitud de esta expansión escolar, debe considerarse que la tasa de escolaridad

es el resultado de dividir a la población que asiste a la escuela entre la población total (pudiendo ser calculada para un específico grupo de edad o para el conjunto de la población). Habiendo aumentado en los últimos años de manera sustancial el divisor de esta operación (la población total), el dividendo creció con una velocidad aún mayor.

Debe destacarse que esta expansión de la cobertura escolar no sólo ha afectado a los niños, sino también a los jóvenes. Alrededor de 1980, 32.6% de los jóvenes entre 18 y 23 años estaban matriculados en instituciones educativas. Este porcentaje era el cuarto más alto en toda América Latina, por encima de países de mayor desarrollo relativo como Brasil, Uruguay, Venezuela, Costa Rica y México. Más aún, ya en 1960 el Perú ocupaba una posición de liderazgo en esta materia, puesto que su porcentaje de cobertura escolar para este mismo grupo de edad era el tercer más alto de la región (cuadro 4).

Sin embargo, a pesar de que el Perú tiene altos porcentajes de cobertura escolar, que se encuentran muy por encima del promedio latinoamericano, la cantidad de recursos que el estado le dedica a la educación está apenas alrededor del promedio regional. Por ejemplo, el Perú dedica aproximadamente el 3.4% de su producto nacional bruto a la educación, cifra inferior a los porcentajes invertidos por países como Ecuador, Panamá, Honduras, Nicaragua y El Salvador. Incluso si se analiza el gasto en educación como porcentaje del gasto total del estado, el Perú presenta proporciones ligeramente encima del promedio regional, pero aun así inferiores a la de Ecuador, Bolivia y la República Dominicana (cuadro 5). Es decir que, en la actualidad, el Perú debe financiar una masa educativa que se encuentra muy por encima de la norma latinoame-

Cuadro 4
Ranking latinoamericano de cobertura educativa para el grupo de 18 a 23 años, 1960 y 1980

Países	%en 1980	Ranking en 1960	Diferencia 1960-1980
01. Panamá	43.3	4	+3
02. Argentina	36.7	2	0
03. Colombia	32.9	15	+12
04. Perú	32.6	3	-1
05. Brasil	32.0	13	+8
06. Cuba	29.9	9	+3
07. Ecuador	28.5	11	+4
08. Uruguay	24.3	1	-7
09. Venezuela	24.0	5	-4
10. Chile	22.2	8	-2
11. Costa Rica	21.4	7	-4
12. R Dominicana	20.6	16	+4
13. El Salvador	18.9	6	+4
14. Nicaragua	18.6	18	+4
15. México	18.2	14	-1
16. Bolivia	17.1	12	-4
17. Honduras	14.8	19	+2
18. Paraguay	13.3	10	-8
19. Guatemala	10.1	17	-2
20. Haití	4.3	20	0

Promedio latinoamericano para 1980: 23.2%

Fuente: Sala 1987, cuadro 901.

ricana, con recursos similares al promedio de la región. No es, por lo tanto, una sorpresa que la infraestructura educativa en nuestro país se encuentre tan deteriorada.

A continuación veremos que el incremento de la cobertura educativa ha tenido hondas repercusiones. En primer lugar, ha producido una drástica reducción de las tasas de analfabetismo; y, en segundo lugar, ha generado una elevación de los niveles de logro educativo en la población total, y en especial en los jóvenes.

Cuadro 5
Rankings latinoamericanos de gastos totales en educación como porcentaje del Producto Nacional Bruto (PNB) y como porcentaje del total de gastos de gobierno, *circa* 1980

01. Cuba	6.3	01. Ecuador	33.3
02. Chile	5.8	02. Bolivia	18.7
03. Ecuador	5.8	03. R. Dominic.	17.2
04. Venezuela	5.8	04. Panamá	16.7
05. Costa Rica	5.2	05. Perú	15.8
06. Panamá	5.1	06. Argentina	15.1
07. Honduras	4.3	07. Venezuela	15.0
08. Nicaragua	4.2	08. El Salvador	14.8
09. Argentina	3.9	09. Honduras	14.5
10. I3rasil	3.8	10. México	13.8
11. El Salvador	3.8	11. Uruguay	12.8
12. México	3.4	12. Paraguay	12.4
13. Perú	3.4	13. Guatemala	11.0
14. I30livia	3.1	14. Nicaragua	10.8
15. Colombia	3.1	15. Haití	9.5
16. Uruguay	2.4		
17. R. Dominic.	2.1	**Promedio**	**15.4%**
18. Guatemala	1.8		
19. Paraguay	1.3		
20.Haití	1.1		
Promedio	**3.8%**		

Fuente: Sala 1987, cuadro 921.
• Información para sólo 15 países.

1. La disminución del analfabetismo juvenil

El analfabetismo juvenil es, en la actualidad, un fenómeno bastante marginal. De acuerdo con el último registro censal, 7 de cada 100 jóvenes carecían de la habilidad de leer o escribir. En 1961 esa cifra era de 28. Esta reducción tiene su explicación en la sustancial caída de la tasa de analfabetismo juvenil urbano (de 10.9% en 1961 a 2.2% en 1981), pero también por la importante

disminución del rural (que para los mismos años cae del 46.5% al 18.3%).

Pero a pesar de esta generalizada mejora, no puede dejar de resaltarse la gran diferencia entre los sectores urbanos y rurales. Por esta razón, aunque el porcentaje de jóvenes rurales que no saben leer y escribir se ha reducido gradualmente, ellos muestran en su conjunto un importante rezago frente a los jóvenes urbanos. En 1981, por ejemplo, la diferencia porcentual de las tasas de analfabetismo de ambas poblaciones era de 16 puntos a favor de los urbanos. Asimismo, y para este mismo año, los jóvenes rurales acusaban una excesiva sobrerrepresentación de analfabetos: mientras que el total de los jóvenes rurales conformaban sólo el 30% del conjunto de la población juvenil, en cambio representaban el 78% del total de jóvenes analfabetos.

Este análisis de las tasas de analfabetismo es incompleto si no se hace referencia a las diferencias que se derivan de la condición de género. En este sentido, es interesante comprobar que la diferencia entre las tasas de analfabetismo masculino y femenino son más acentuadas en el campo que en la ciudad. Más aún, la brecha en el sector urbano se ha reducido significativamente entre 1972 y 1981 (cuadro 6). Esto muestra que los avances significativos que la mujer peruana ha logrado en materia educativa se han registrado sobre todo en el sector urbano.

En resumen, las cifras de analfabetismo juvenil nacional se han reducido hasta convertirse, en 1981, en un fenómeno no muy importante. Sin embargo, esta disminución no ha presentado un patrón similar ni por regiones ni por sexo: la reducción ha sido mayor entre los hombres y los residentes de las áreas urbanas. Como se ve, el sector más rezagado a este respecto, continúa siendo el de las mujeres rurales.

Cuadro 6
Perú, evolución del analfabetismo juvenil según área urbana-rural y sexo, 1961-1981

	Nacional			Urbana			Rural		
	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981
Total	28.2	13.4	6.9	10.9	4.4	2.2	46.5	31.1	18.3
Hombres	17.5	7.1	3.5	5.8	1.9	1.2	30.2	17.1	8.9
Mujeres	38.9	19.7	10.2	16.1	6.9	3.1	62.7	45.6	27.9

Fuente: INE, Censos Nacionales 1961,1972.1981.

2. El incremento de los niveles educativos

Junto con la reducción del analfabetismo, se ha registrado un gradual incremento de los niveles educativos juveniles. En otras palabras, no sólo ha crecido el ingreso al sistema escolar, sino que también han aumentado paulatinamente los años de permanencia en la escuela.

Si dividimos un tanto esquemáticamente, en aras de la simplicidad en el análisis y la exposición, el conjunto de los grados educativos en tres niveles principales: básico (compuesto por los que carecían de toda educación o contaban sólo con primaria); secundario (conformado por los que declaran tener educación secundaria); y superior (donde incluimos universitaria y no universitaria) encontraremos las siguientes tendencias.

En primer lugar, se reduce la participación del nivel básico mientras que aumenta el secundario. Los jóvenes con educación básica disminuyen del 81.5% en 1961 al 42.3% en 1981. En cambio, aquéllos con secundaria saltan del 15.5% al 46.8%. Es decir, en escasos 20 años, el logro educativo de los jóvenes se incrementó de manera sustancial, pasando a ser la educación secundaria el nivel alcanzado por casi la mitad de los jóvenes en 1981. (Ver cuadro 7, donde

puede apreciarse los porcentajes desagregados para cada nivel educativo).

En segundo término, al igual que lo que sucede con las tasas de analfabetismo, la distribución de los niveles educativos entre los jóvenes presenta marcadas desigualdades según sexo y regiones geográficas. En breve, los jóvenes urbanos de ambos sexos tienen mayores niveles educativos: 60% de su población cuenta con educación secundaria, frente a un escaso 19% registrado entre los jóvenes rurales. Por esta ra-

Cuadro 7
Perú, evolución de los niveles educativos juveniles según área urbano-rural y sexo, 1961-1981

	Total			Hombre			Mujer		
	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	198
I. NACIONAL									
Ninguno	28.2	12.0	6.3	11.7	6.0	2.9	38.	18.1	8.6
Pre y primo	53.3	48.5	37.0	61.4	49.7	34.0	45.	47.2	37.0
Secundaria	15.5	34.3	46.8	18.0	38.6	51.7	13.	30.0	43.5
Univers..	1.0	3.7	5.5	1.3	4.4	6.4	0.6	2.9	4.8
Supo no univ.	0.9	0.4	3.7	0.6	0.3	3.4	1.0	0.6	4.0
No esp.	1.1	1.1	0.7	1.0	1.0	1.4	1.2	1.1	1.9
TOTAL	100	100	100	100	100	100	100	100	100
II. URBANO									
Ninguno	11.4	4.2	1.8	6.4	1.8	1.0	16.6	6.5	2.5
Pre y primo	56.7	41.2	24.3	58.3	37.9	20.8	55.0	44.6	27.6
Secundaria	27.6	47.3	59.7	31.2	52.2	63.5	24.0	42.3	56.3
Univers.	1.8	5.4	7.8	2.4	6.5	8.7	1.2	4.3	6.7
Supo no univ.	1.6	0.6	5.2	1.1	0.4	4.8	2.2	0.9	5.6
No esp.	0.8	1.3	1.2	0.6	1.2	1.2	1.0	1.4	1.3
TOTAL	100	100	100	100	100	100	100	100	100
III.. RURAL									
Ninguno	46.0	27.4	15.5	29.8	14.0	7.5	62.1	41.1	23.7
Pre y primo	49.7	62.6	62.3	64.8	72.5	65.3	34.8	52.5	59.3
Secundaria	2.7	9.0	18.6	3.8	12.4	24.4	1.7	5.6	12.6
Universo	0.1	0.3	0.5	0.1	0.4	0.5	0.0	0.2	0.4
Supo no univ.	0.1	0.1	004	0.1	0.1	004	0.1	0.1	004
No esp.	*IA*	0.6	2.7	1.4	0.0	1.7	1.3	0.6	3.6
TOTAL	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: INE. Censos Nacionales 1961, 1972, 1981.

zón, la categoría modal entre los primeros es la secundaria, mientras que entre los rurales es la primaria. Este hecho marca otra importante diferencia entre ambas poblaciones: en tanto que la moda entre los jóvenes urbanos es distinta a la del conjunto de la población urbana (secundaria Y primaria, respectivamente), en el sector rural las modas son similares (primaria). En otros términos, los jóvenes urbanos tienen logros educativos mayores que los adultos de esta área, mientras que los jóvenes rurales presentan niveles relativamente similares al de su contraparte adulta.

A pesar de las profundas diferencias existentes en ambas poblaciones debiera advertirse, sin embargo, que la secundaria se ha incrementado de manera importante también en el sector rural. Entre 1961 y 1981, por ejemplo, el porcentaje de jóvenes rurales con secundaria se sextuplicó. Pero a pesar de todo este dinamismo, los jóvenes rurales siguen rezagados.

Ahora bien, no debe soslayarse el hecho de que, debido a la carencia de una adecuada infraestructura educativa en las áreas rurales, aquellos jóvenes que desean continuar con su carrera educativa se ven obligados a migrar hacia las Zonas urbanas. Asimismo, las personas más propensas a migrar de las áreas rurales son aquéllas que tienen los niveles educativos más altos (Alberti y Cotler 1972). Esto influye en la continua ventaja de las áreas urbanas sobre las rurales.

De otro lado, nuevamente volvemos a encontrar que el género constituye una fuente adicional de desigualdad, teniendo los hombres, en general, mejores niveles educativos que las mujeres. Como puede observarse en el mismo cuadro 7, las mujeres presentan cifras menores de educación secundaria. Más aún, las diferencias, en

lugar de acortarse, han aumentado ligeramente. En 1961 la diferencia porcentual de educación secundaria entre hombres y mujeres era de 5 puntos porcentuales. En 1972 aumenta a 8 puntos. En 1981, finalmente, la brecha era de 7 puntos. Este fenómeno se presenta tanto en las áreas rurales como urbanas.

En síntesis, las cifras muestran con claridad cómo el efecto de la importante elevación de los niveles de educación formal ha permitido que casi la mitad de la población juvenil, a nivel nacional, acceda a la secundaria, y que casi el 60% de los jóvenes urbanos (que constituyen el 70% del total juvenil) se encuentre en similar situación. Sin embargo, y como se ha señalado, este proceso de elevación de los niveles educativos ha tenido distintos ritmos según áreas y género, favoreciendo sobre todo a los residentes en las áreas urbanas y a los hombres, dejando rezagadas a las jóvenes rurales. El 80% de este último grupo demográfico, según el último registro censal, carecía de toda instrucción o sólo contaba con educación primaria.

3. La expansión universitaria

Uno de los efectos más importantes del creciente y sostenido incremento del logro educativo juvenil ha sido la expansión de la educación superior universitaria. En efecto, desde la década del sesenta hasta la actualidad, el porcentaje de jóvenes con educación universitaria se ha quintuplicado, pasando de un escaso 1% en 1961 a un 5.5% en 1981. Este incremento es aún mayor, como es lógico, si se considera sólo a las áreas urbanas, entre las cuales salta de un 1.8% al 7.8%. En estos porcentajes no estamos incluyendo a aquellos jóvenes que cuentan con estudios superiores no universitarios, y que también tu-

vieron un notable incremento en los últimos 20 años.

Otra manera de medir este importante proceso de masificación universitaria entre los jóvenes es hacer referencia a la evolución de la tasa bruta de escolarización universitaria que aumentó de 2.4% en 1960 a 17.9% en 1981 (Toer 1985: 105).

En este proceso se debe destacar que la participación femenina en la educación universitaria ha tenido un ritmo de crecimiento mayor que el masculino,[4] aunque en términos porcentuales -debido a la fuerte concentración de la población femenina en los niveles educativos más bajos- la proporción de la educación universitaria entre las mujeres es menor. Incluso si se examina la distribución por sexo de la población universitaria juvenil podemos apreciar que, entre 1961 y 1981, se ha operado un notable proceso de ampliación en el acceso a este tipo de educación. A comienzos de la primera década mencionada las mujeres sólo representaban el 32.4% del total de los jóvenes universitarios. Veinte años después, ese porcentaje había saltado hasta el 43.4%.

Los aludidos procesos de expansión educativa entre los jóvenes, que han producido un incremento de los niveles educativos y un aumento

3. Toer (1985) define la tasa bruta de escolarización universitaria como el cociente resultante de dividir el total de la matrícula en la educación superior, entre el total de la población en edad de escolarización universitaria (teóricamente aquélla entre 20 y 24 años), multiplicado por 100. Obviamente que este es un método aproximado, en la medida que los estudiantes reales tienen edades superiores o inferiores al tramo considerado. Pero al aplicarse el mismo criterio a través de los años pueden realizarse comparaciones, que es lo que a nosotros nos interesa aquí.

4. Entre 1961 y 1981 la tasa de crecimiento de la población universitaria femenina fue de 14.2% anual, mientras la masculina fue de 11.6%.

porcentual de los jóvenes universitarios, sugieren claramente que, en la actualidad, la asistencia a un centro educativo se ha convertido en su actividad principal. Es decir, la identidad joven = estudiante resulta pertinente para la mayoría de los contingentes juveniles, en especial en las áreas urbanas.[5]

Como se verá a continuación, uno de los principales efectos de esta mayor permanencia en los centros educativos es la paulatina disminución de las tasas económicas de la participación juvenil.

5. Un dato ilustrativo: la tasa de escolaridad de los jóvenes entre 15 y 19 años pasó del 17% en 1940, al 56.7% en 1981. Para este último año incluso, la mencionada tasa alcanzó, en las áreas urbanas, el 67.5%.

Capítulo 3

JUVENTUD Y TRABAJO

Hemos afirmado que para la mayoría de los jóvenes peruanos su ocupación fundamental es la de estudiante. Sin embargo, existe un apreciable número que se encuentra ya en el mercado de trabajo, si no empleado por lo menos buscando activamente trabajo. En este capítulo nuestro análisis se concentra en esta última franja juvenil, que en 1981 bordeaba el 40% a nivel nacional. Nuestro estudio se limitará a tocar solo dos dimensiones de este vasto tema: primero, la proporción de los jóvenes incorporados en la actividad económica; y segundo, la distribución de su población según ramas de actividad económica.

1. La tasa de participación económica a nivel nacional[6]

La proporción de jóvenes que trabajan o buscan activamente empleo ha mostrado, en los últimos veinte años, una evolución decreciente.[7] Hecho

6. La tasa de participación es la proporción de jóvenes de 15 a 24 años que declaran estar trabajando o buscando un empleo, en relación al total de jóvenes de ese grupo de edad (Jünemann 1987: 66).

7. Es necesario aclarar que "la estimación de la parti-. cipación de los jóvenes en la población económicamente activa presenta, en general, un error de subestimación especialmente en el grupo de adolescentes (15.19 años) de-

que no debiera sorprender si se considera que es el producto de la expansión educativa, que "obliga" a los jóvenes a permanecer la mayor parte de su juventud en instituciones educativas. Por ello es básicamente en la década del sesenta donde la reducción de la tasa de participación es más acentuada, atenuándose un poco en los años setenta. Este freno en la reducción resulta comprensible en la medida que la crisis económica ha obligado a crecientes sectores de jóvenes, e incluso de niños, a incorporarse al mercado laboral, como una manera de afrontar el impacto de esta crisis sobre los ingresos familiares.

Debemos por lo tanto notar la existencia de estos dos fenómenos que presionan en sentido opuesto sobre las tasas de participación juveniles. Por un lado, la expansión educativa que opera un efecto de "retraso" en el ingreso al mercado laboral; y, de otro lado, la crisis económica que funciona como mecanismo de "atracción".

Visto desde esta perspectiva, no debe llamar la atención el hecho que, dentro de un marco global de reducción de las tasas de participación juvenil, que coloca al Perú en la corriente de procesos similares registrados en otros países Latinoamericanos, se presenten simultáneamente notables fluctuaciones, tanto a través de los años así como en función de determinadas características sociodemográficas, como el lugar de residencia y el sexo.

En el Perú, como se ha dicho, el porcentaje de jóvenes que forman parte de la PEA se ha reducido de manera importante en los últimos veinte años. En 1961 la mitad de los jóvenes a ni-

debido a que una proporción importante de ellos trabaja en sectores informales o en actividades familiares no remuneradas que generalmente no aparecen contabilizadas en los censos y encuestas de hogares" (Jünemann 1987: 25).

vel nacional trabajaban o buscaban activamente trabajar. En 1981 esa cifra baja a 39%. Esta reducción es más significativa aún si se considera que se produce en un contexto en el cual la tasa de participación económica del conjunto de la población (de 15 años y más) se mantiene casi estacionaria: apenas se reduce en 2.3 puntos porcentuales.

Por ello no sorprende que mientras se reduce el porcentaje de jóvenes que forman parte de la PEA, se ha registrado un paralelo proceso de crecimiento de los estudiantes, quienes se han convertido en el componente más importante de la población juvenil económicamente inactiva (en 1981, alcanzaban el 65% del total de esta población).

Entre las mujeres jóvenes la tasa de participación también se ha reducido. Pero en este caso, la proporción de estudiantes entre su población inactiva es mucho menor: 47.3%. El resto, 52%, declara dedicarse a los "quehaceres del hogar" (INE 1983). Pero lo que es más extraño aún, si se toma en cuenta que la gran mayoría de las jóvenes es urbana, es que este 52% de PEA inactiva que declara dedicarse a los "quehaceres del hogar" es a su vez casi el 40% del total de la población juvenil femenina. Desafortunadamente, carecemos de cifras desagregadas a nivel urbano-rural para observar si esta cifra está influenciada o no por el subregistro de las mujeres jóvenes rurales que trabajan.

La tasa de participación económica según sexo

A nivel nacional, y de acuerdo al último registro censal, 55 de cada 100 jóvenes varones trabajaba o buscaba activamente trabajo. Entre las mujeres, en cambio, sólo 24 de cada 100 estaba en la misma condición. Aunque con algunos altiba-

jos, esta situación era casi similar a la presentada en los comienzos de la década del setenta. Visto en el largo plazo, la evolución de las tasas de participación juvenil ha estado claramente diferenciada por el sexo. Mientras entre los hombres la reducción de esta tasa ha sido sostenida desde 1961, entre las mujeres, en cambio, se observa un comportamiento variable: se reduce de manera un tanto importante entre 1961 y 1972, pero aumenta un tanto entre 1972 y 1981 (ver cuadro 8).

Para comprender mejor la evolución de este indicador laboral hemos dividido a los jóvenes en dos grupos quinquenales (15-19 y 20-24 años, respectivamente). El análisis nos indica que existen dos tendencias distintas en relación a la intensidad de la mencionada disminución de la tasa de participación.

En primer término, el grupo de los jóvenes adolescentes (15-19 años) es el que ha presentado la reducción más dramática de sus tasas de actividad: 14 puntos porcentuales en 20 años. Esta disminución se registra sobre todo en la década del sesenta, de gran expansión educativa. De otro lado, la reducción ha sido sustancialmente mayor entre los varones (18 puntos porcentuales). Jünemann (1987: 32) ha argumentado que la menor disminución de la tasa de participación entre las jóvenes mujeres adolescentes se explica porque el proceso de urbanización ha generado empleos típicamente urbanos, que serían más fácilmente accesibles a estas jóvenes, como el servicio doméstico, empleos industriales y artesanales.

Sin embargo, no debe olvidarse que las mujeres reducen también de manera importante su tasa de participación entre 1961 y 1981 (casi 10 puntos porcentuales). Esto sugiere que la influencia de la educación como mecanismo de retraso a la incorporación económica es también

Cuadro 8
Evolución de las tasas de participación de la juventud y la población total de 15 años y más por edad, 1961-2000

	15-19 años	20-24 años	Total jóvenes	Población total
1961				
Total	41.2	59.5	49.7	54.2
Hombres	54.9	91.6	71.8	87.4
Mujeres	27.1	28.0	27.5	22.5
1972				
Total	28.9	52.8	39.6	49.9
Hombres	39.8	80.2	57.8	80.4
Mujeres	17.7	25.8	21.3	20.1
1981				
Total	27.3	52.2	39.1	51.9
Hombres	36.5	75.7	54.8	79.2
Mujeres	18.1	29.3	23.8	25.3
1990[a]				
Total	26.6	58.2	…	…
Hombres	…	78.0	…	…
Mujeres	…	37.9	…	…
2000[a]				
Total	24.9	61.3	…	…
Hombres	…	76.2	…	…
Mujeres	…	46.1	…	…

Fuente: INE, Censos Nacionales; OIT 1977.
[a]Tomado de Kirsch 1982, cuadros 2 y 4.
... Datos no disponibles

importante entre las mujeres jóvenes adolescentes. En lo que se refiere a la evolución futura, las proyecciones disponibles señalan que, hacia el año 2000, la proporción de jóvenes adolescentes económicamente activos se reducirá aún más.

En segundo lugar, la reducción de la tasa de actividad ha sido mucho más leve en los jóvenes adultos (20-24 años), disminuyendo 6.7 puntos

porcentuales entre 1961-1972 y manteniéndose casi estable entre 1972-1981. En contraste con los jóvenes adultos, las mujeres jóvenes adultas sí aumentan su participación económica en el último período intercensal. Las proyecciones de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) señalan que la tasa de participación de los jóvenes adultos aumentará de manera sostenida en los próximos 15 años, basado sobre todo en el incremento de la actividad femenina (Kirsch 1982).

Una explicación preliminar de los distintos vaivenes de estas tasas puede encontrarse en el hecho de que, en promedio, las mujeres terminan su carrera educativa a edades más tempranas que los hombres. Por lo tanto ofrecen de manera "más prematura" su fuerza de trabajo, puesto que generalmente sus ocupaciones son las de menor calificación, o son las que requieren menos años de educación formal. En cambio, como ha señalado acertadamente Kirsch (1982: 124), "las tasas de actividad de los hombres jóvenes registran una merma en todos los países de la región. Una vez más, esto se relaciona con la expansión de la educación superior y simplemente refleja una postergación de la incorporación a la fuerza de trabajo por el hecho de que siguen asistiendo a establecimientos de instrucción".

La tasa de participación económica según áreas

Al considerarse la tasa de actividad juvenil en 1981, según área urbana o rural, lo que destaca a primera vista es la marcada diferencia existente entre ambos sectores. La participación laboral es, de lejos, más importante en el campo. No siempre fue así. En 1961, por ejemplo, la diferencia era muy pequeña: la actividad económica

juvenil bordeaba el 50% en ambas áreas.[8] Hacia 1972, en un contexto generalizado de caída de la tasa de participación, la brecha entre el sector urbano y rural se amplía. Para 1981, la diferencia era ya bastante significativa: 35% en el sector urbano, casi 49% en el área rural.

De otro lado, existen importantes diferencias en la magnitud de la tasa de participación de ambos sexo según áreas. Para los varones jóvenes, tradicionalmente la actividad económica es mucho más importante en el medio rural que en el urbano. Según el último censo, por cada 100 jóvenes urbanos sólo 47 formaban parte de la PEA, en cambio en el sector rural esa cifra era de 73. Para las mujeres, en cambio, la participación más significativa ha sido, por lo menos hasta 1972, en las ciudades.[9] En 1981 las cifras de participación femenina eran similares en las áreas rural y urbana.

La anteriormente mencionada brecha entre el campo y la ciudad es, por tanto, relevante sólo para los jóvenes varones, puesto que entre las mujeres la diferencia en lugar de ampliarse se acorta. La brecha se produce por dos factores. Por un lado, por la fuerte caída de la tasa juvenil urbana (que pasa del 49.2% en 1961 al 34.9% en 1981), reflejo de la violenta disminución operada

8. Es cierto que esta cifra era el resultado de promediar las tasas respectivas de hombres y mujeres, que eran bastante distintas. Pero a pesar de ello, la diferencia entre las tasas de participación masculina y femenina, en ambas áreas, no sobrepasaba los 15 puntos porcentuales.

9. Varios autores (Wainerman y Recchini 1981; CEPAL 1983; INE 1984b; Francke 1986) han remarcado que existe un importante subregistro de la actividad económica de la mujer en general, y de la rural en particular. Por esta razón, en las cifras censales de 1961 y 1972 aparece una mayor participación de la mujer en la ciudad que en el campo. Es probable que el fuerte aumento que presenta la tasa de actividad femenina rural en 1981 se explique por una sustancial mejora en la medición censal.

entre los varones citadinos, sin despreciar la reducción entre las mujeres que también es considerable. De otro lado, por el crecimiento presentado en el área rural, impulsado sobre todo por el fuerte aumento de la participación económica de las jóvenes mujeres. Esta evolución puede apreciarse con claridad en el gráfico l.

¿Qué sugieren todas las cifras anteriormente mencionadas? La conclusión más importante es que no se puede considerar a los jóvenes como un universo homogéneo. Como se ha mencionado, 39 de cada 100 jóvenes a nivel nacional, en 1981, formaba parte del mercado laboral. La gran mayoría de los demás eran estudiantes. Naturalmente, estas cifras pueden estar ya obsoletas, si se considera los efectos que la crisis económica puede haber causado en las tasas de actividad, obligando a un número de jóvenes a buscar empleo. Por otro lado, estos datos tampoco consideran el importante grupo de jóvenes que estudian y trabajan a la vez, y que cualquier inspección visual de la realidad comprueba.

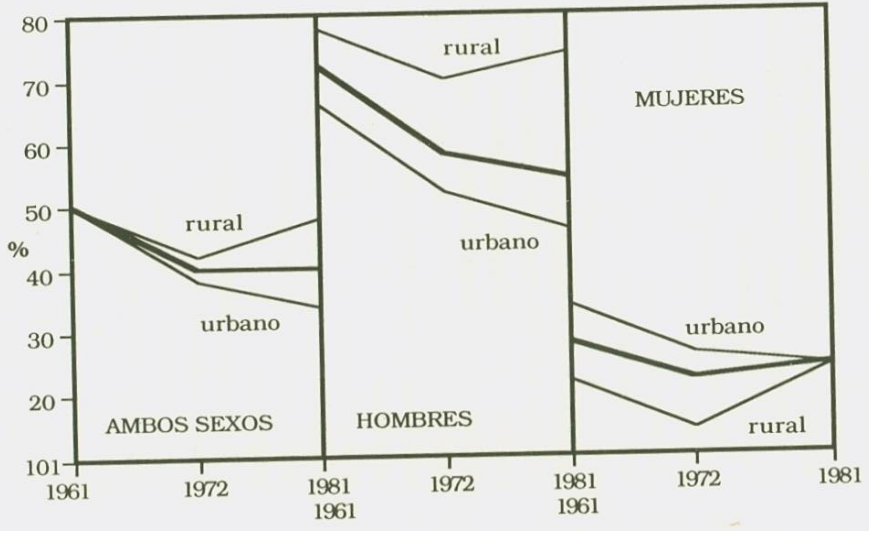
Aunque las diferencias de las tasas de actividad económica son aún bastante grandes (siendo el de las mujeres apenas un tercio del masculino), las proyecciones muestran que la participación de la mujer joven en el mundo del trabajo se incrementará de manera importante, tal como puede verse si se regresa al cuadro 8.

2. El empleo juvenil por ramas de actividad

En las tres últimas décadas, el Perú ha experimentado notables cambios en su economía. Un claro indicador de estas transformaciones ha sido la alteración de la importancia relativa de los distintos sectores de la economía en su contribución al Producto Bruto Interno (PBI). Mientras las actividades agrícolas han perdido de manera

Gráfico 1

Perú. Evolución de la tasa de actividad juvenil según área urbana-rural y sexo, 1961-1981



creciente su importancia dentro de este indicador económico, la manufactura la ha aumentado. Las actividades primarias (agricultura y minería) disminuyeron su participación dentro del PBI de un 28% a un 17% entre 1950 y 1975. Por el contrario, el sector manufacturero se incrementó del 24% al 33%, para el mismo período. El sector terciario, aunque con un ligera disminución, mantuvo su proporción.[10]

Sin embargo, estos cambios en el patrón productivo nacional no se han visto totalmente asociados con la manera como el empleo nacional se ha distribuido por ramas de actividad económica. por esta razón, mientras la manufactura presenta una participación en el PBI bastante superior a la que representa como captadora de empleo, en la agricultura encontramos el caso opuesto. Esta última actividad, a pesar de que registra en los últimos 40 años una severa disminución como empleadora sigue siendo aún, considerando las ramas individualmente, la actividad que ocupa a la mayor proporción de la población económicamente activa (alrededor del 38%), y esto es cierto también para el caso de los jóvenes.

Es en este contexto que debe analizarse la distribución del empleo juvenil en las distintas ramas de actividad económica. A diferencia de lo registrado hasta este momento en otras variables, el comportamiento de los jóvenes en este aspecto muestra un patrón bastante similar al registrado en el conjunto de la población activa. Tal similitud incluso no muestra mayores variaciones si se desagrega la información según sexo: tanto los

10. En 1950 este sector (que agrupa a la Banca, Gobierno, Transporte, Comercio y Servicios) representaba el 48.8% del PBI. Tal proporción sufre una baja en 1960, para luego estabilizarse en 47.2% para 1975 (Fitzgerald 1981: 102).

hombres como las mujeres jóvenes tienen una estructura de inserción productiva similar a la de sus respectivos géneros en la PEA total. Podemos deducir de lo anterior, entonces, que el análisis del empleo juvenil por ramas arroja algunas luces en torno al comportamiento del conjunto de la PEA en este respecto (cuadro 9).

En primer término, debemos resaltar la importancia que tiene el trabajo agrícola entre los jóvenes a nivel nacional: aunque disminuyó bastante en los últimos 20 años, aún en 1981 cerca de 40 de cada 100 jóvenes se encontraba empleado en la agricultura. Es digno de destacar, por otro lado, que esta cifra puede ser incluso

Cuadro 9

Perú, distribución de la PEA juvenil y total
Según ramas de actividad y sexo, 1961-1981

	RAMAS DE ACTIVIDAD									
	Agri	Min	Ind	Const	EGA	Com	Tran	Ser[a]	N.e.	
I.1961										
Jóvenes										
Total	44.8	2.0	13.6	2.9	0.2	7.8	1.9	19.9	6.9	100
Homb	51.6	2.6	12.5	3.9	0.2	7.5	2.4	12.1	7.2	100
Muj	27.1	0.3	16.5	0.1	0.1	8.6	0.5	40.4	6.4	100
PEA Tolal*										
Total	49.8	2.1	13.2	3.4	0.3	9.0	3.0	15.3	4.1	100
Homb	54.8	2.6	12.1	4.2	0.3	8.3	3.7	9.9	4.1	100
Muj	31.7	0.3	17.1	0.1	0.1	11.6	0.7	34.5	4.0	100
II.1981										
Jóvenes										
Total	37.5	1.6	10.3	3.2	0.2	10.9	2.8	26.6	6.9	100
Homb	44.0	2.0	10.2	4.3	0.3	10.1	3.5	19.7	5.9	100
Muj	21.4	0.4	10.7	0.4	0.1	12.8	1.1	43.7	9.4	100
PEA Total**										
Total	37.6	1.9	10.9	3.8	0.3	12.4	4.1	23.5	5.5	100
Homb	42.1	2.4	10.8	5.0	0.4	10.6	5.0	19.4	4.3	100
Muj	23.4	9.4	11.1	0.3	0.1	17.8	1.1	36.5	9.2	100

Fuente: INE, Censos Nacionales 1961,1981.

*6 años. y más.

**6 años y más; no incluye a los que buscan trabajo por primera vez.
[a]lncJuye establecimientos financieros.

mayor. Como puede verse en el cuadro 9, las cifras censales arrojan sólo un 21.4% de mujeres jóvenes ocupadas en la agricultura. Este porcentaje es realmente bastante bajo, e ilustra con meridiana claridad los ya aludidos problemas de la subestimación del trabajo femenino rural. Esta predominancia del trabajo agrícola entre los jóvenes muestra que la mayoría de ellos se encuentra aún sometida a relaciones de trabajo tradicionales.[11]

En segundo término, los jóvenes, en lugar de aumentar su participación en las actividades manufactureras, lo que podría esperarse como producto de la disminución operada en la agricultura, han aumentado su proporción en las actividades llamadas "terciarias". Así, entre 1961 y 1981, la industria deja de ser la segunda actividad empleadora entre los jóvenes varones, para ser reemplazada por los servicios. Entre las mujeres, por otro lado, la industria pierde también su tercer lugar en importancia, debido al crecimiento del comercio.

De esta forma, junto con una paulatina disminución del empleo agrícola juvenil, se ha presentado un dinámico crecimiento en el sector terciario por ejemplo, las ramas de comercio y servicios han ido captando crecientes porciones del empleo juvenil: en 1961, sumadas ambas ramas, explicaban el 26% de este último, porcentaje bastante lejos del que representaba la agricultura ese mismo año (45%). Veinte años después, el comercio y los servicios aumentan al 34%, cifra

11. Sin embargo, esto no constituye una peculiaridad peruana. En seis países latinoamericanos (Brasil, Costa Rica, Chile, Ecuador, México y Panamá), alrededor de 1970, la agricultura era la rama que empleaba la mayor parte de los jóvenes. Una excepción notable estaba dada por Venezuela, en donde los servicios ocupaban más jóvenes que la agricultura: 26.5% y 19.6%, respectivamente (Jünemann) 1987: cuadro 15).

ya cercana a la proporción de la agricultura en ese mismo año (37.5%).

Debe remarcarse que los servicios se han constituido en el sector que emplea la mayoría de mujeres jóvenes: 43%, en 1981. Por supuesto, el peso de las trabajadoras del hogar es significativo en esta actividad. En contraste, alrededor del 44% de los jóvenes varones se empleaba en la agricultura. Nuevamente debemos sospechar que el trabajo juvenil femenino agrícola se encuentra poco registrado, puesto que llama la atención que este tipo de empleo no sea predominante también entre las mujeres.

En conclusión, los datos censales sugieren una clara segmentación del empleo juvenil; Mientras las mujeres tienden a emplearse en las actividades típicamente urbanas y no productivas, características inherentes del sector terciario, los varones tienden a emplearse en actividades rurales y primarias, como la agricultura. Ello explicaría, entonces, por qué la tasa de participación de los segundos es mayor en el sector rural, mientras que la de las mujeres es más importante en las ciudades. Sin embargo, es probable que también exista un importante subregistro del empleo juvenil femenino rural (véase, por ejemplo, Verdera 1983).

Capítulo 4

SUMARIO Y REFLEXIONES FINALES

Los jóvenes, al igual que el conjunto de la sociedad peruana, han sufrido un importante proceso de urbanización en los últimos cuarenta años. Más aún, ellos han poblado las ciudades a un ritmo mayor que el de la población total. En este movimiento poblacional, las mujeres jóvenes han desempeñado un papel destacado, puesto que sus porcentajes de urbanización son ligeramente mayores al de los varones. Aunque las imperfecciones censales, a las que hemos hecho referencia, sugieren tomar las cifras oficiales sobre urbanización con cierta reserva, lo innegable es que los jóvenes se han urbanizado más aceleradamente que la población total.

Desafortunadamente se carecen de cifras a nivel nacional acerca de la exacta influencia que los procesos migratorios han tenido en este fenómeno de urbanización juvenil. Pero a pesar de ello, no podemos dejar de mencionar que los pocos indicios existentes tienden a indicar que los contingentes migratorios, por lo menos hasta fines de la década pasada, han estado compuestos en su gran mayoría por jóvenes.

El proceso de urbanización ha alterado de manera significativa el perfil educativo y ocupacional del conjunto de la población nacional, pero en especial de los jóvenes. En relación a la

educación, por ejemplo, el analfabetismo se ha reducido de manera dramática entre los jóvenes, aunque de manera desigual. Esta reducción ha sido mayor en las áreas urbanas y entre los hombres. Las mujeres jóvenes del área rural son las que presentan el índice más alto de analfabetismo. Pero incluso entre ellas, éste se redujo en algo más de la mitad en los últimos veinte años.

Ahora bien, si analizamos a los ya incorporados al sistema educativo, observaremos que se ha operado también un notable crecimiento de los niveles educativos de la población juvenil. Actualmente la mayoría de los jóvenes ha culminado o cuenta con algún año de educación secundaria. Veinte años atrás la educación primaria ocupaba la posición dominante. Sin embargo, una vez más, este proceso ha presentado marcadas desigualdades. En su conjunto las áreas urbanas, y en especial los hombres, han incrementado más aceleradamente sus niveles de educación formal.

Paralelamente al incremento de los niveles educativos en la juventud, se ha operado un importante crecimiento de la población universitaria. Como es de esperarse, éste es un fenómeno básicamente urbano, y ha favorecido mayormente a los varones. Sin embargo, también las mujeres jóvenes urbanas (quienes, consideradas en su conjunto, han incrementado sus niveles educativos a un ritmo más lento) han logrado acceder a la educación universitaria. Este proceso ha significado una relativa democratización, en lo que al género se refiere, en el acceso a la educación universitaria.

La disminución del analfabetismo, el incremento del logro educativo, así como la expansión de la educación superior universitaria, son indicadores de la capacidad que ha tenido el estado peruano para expandir el sistema escolar

en todos estos años. Es cierto que gran parte de esta expansión se explica por las propias presiones de una sociedad que interiorizó, acertada o equivocadamente, la idea de que la educación constituía **un** adecuado, si no el único, vehículo de movilidad social. Aparentemente este resultado del estado peruano en materia educativa ha estado muy por delante de la presentada en otros aspectos del bienestar colectivo, como son salud y vivienda.

Sin embargo, este compromiso del estado peruano en materia educativa parece ser un fenómeno esencialmente urbano, lo que explicaría la persistencia de la elevada tasa de analfabetismo en el campo. El acceso a la educación es uno de los pilares básicos para el desarrollo de la ciudadanía social,[12] y por lo tanto para la adecuada participación en los asuntos públicos. Si esto es cierto, no cabe la menor duda que aquellos residentes en las áreas rurales son los primeros en ser marginados del derecho a ejercer plenamente su carácter de ciudadanos de este país.

12. T. H. Marshall (1950: 10-11), divide la noción de ciudadanía en tres componentes: civil, político y social. De acuerdo a sus propias palabras, "el elemento civil está compuesto por los derechos necesarios para la libertad individual -libertad personal, de palabra, pensamiento y religión, y el derecho a la justicia-…Por elemento político quiero decir el derecho a participar en el ejercicio del poder político, como miembro de un cuerpo investido de autoridad política, o como un elector de los miembros que constituyen tal cuerpo. Las instituciones correspondientes son el parlamento y los consejos de gobierno local. Por el elemento social me refiero al amplio espectro que va desde el derecho a un moderado bienestar económico y seguridad personal, hasta el derecho a compartir plenamente la herencia social y vivir la vida de un ser civilizado, de acuerdo a los estándares prevalecientes en la sociedad. Las instituciones más cercanamente conectadas con él son el sistema educativo y los servicios sociales". Una noción un tanto parecida a la idea de 'ciudadanía social', es el concepto de 'ciudadanía democrática', propuesto por D. Thompson (1970).

Por otro lado, los datos acerca de la financiación estatal de la educación parecen indicar que este apoyo a la educación va paulatinamente disminuyendo. Lo cual es particularmente grave en un contexto en el cual, como hemos visto, la demanda por educación no ha disminuido. Como se señaló en su oportunidad, el Perú debe atender con gastos en educación similares o incluso inferiores al promedio latinoamericano, una cobertura educativa que está muy por encima del promedio regional. Este claro desbalance es probablemente una de las razones por las cuales en el Perú es menos importante saber cuánto ha estudiado un joven que el conocer dónde lo ha hecho. El problema de la estratificación de las instituciones educativas, y la redefinición del elitismo que ello conlleva, es un tema planteado que queda por explorar.

La importante expansión de la educación entre los jóvenes ha tenido como efecto más decisivo la postergación de su ingreso al mercado laboral. Considerando a los jóvenes a nivel nacional, 40 de cada 100 se encontraba trabajando o buscaba activamente empleo en 1981. Veinte años atrás esa cifra era de 50. Esta reducción se ha sustentado en la importante caída de las tasas de participación en las ciudades y, en especial, entre los varones jóvenes, puesto que en el sector rural se ha operado un ligero crecimiento de este indicador laboral.

Se ha mencionado también que los jóvenes no constituyen un universo homogéneo. Una primera diferencia es entre aquéllos que aún permanecen incorporados al sistema educativo, frente a otros que ya han procesado un "temprano" ingreso al mercado laboral. Futuras investigaciones debieran examinar *si* esta diferencia en la edad de incorporación al mercado de trabajo, así como las diferencias en los diversos prome-

dios educativos que esto implica, conlleva sustanciales diferencias en el posterior desempeño y/o estratificación ocupacional.

Debe mencionarse a este respecto una adicional limitación de la información existente. Se carece de datos a nivel nacional acerca de la proporción de aquellos jóvenes que simultáneamente a su incorporación al mercado laboral siguen estudiando. Como una simple observación de la realidad muestra, esta proporción no parece ser despreciable. Este sector de jóvenes-estudiantes-trabajadores es difícilmente ubicable en las estadísticas oficiales y, sin embargo, constituye un contingente que debe ser estudiado. Así entonces, un matiz que debe considerarse en esta división que hemos hecho entre los jóvenes como estudiantes versus trabajadores, es aquel contingente compuesto por estudiantes y trabajadores a la vez.

U n segundo matiz está dado por la distribución de estos dos grupos entre los hombres y las mujeres. Entre los primeros, la casi totalidad se dividía entre trabajadores o estudiantes: Entre las mujeres, en cambio, un tercer grupo importante - incluso numéricamente mayor al de las trabajadoras- era el de las que declaraban dedicarse a los "quehaceres del hogar". Probablemente, muchas de estas jóvenes mujeres así clasificadas se desempeñaban en labores de apoyo productivo, especialmente en las áreas rurales, pero fueron consideradas como "inactivas". Como se ha mencionado, el trabajo femenino en general, y el rural en particular, se encuentra registrado muy pobremente en los censos.

En relación a la manera como se insertan productivamente los jóvenes, la información recolectada indica que todavía la mayoría de ellos se encuentran ocupados en la agricultura, aunque con una tendencia decreciente, mientras

que el sector terciario empieza a surgir con gran fuerza como empleador. Este predominio de la agricultura es un buen ejemplo de cómo a pesar del impulso modernizador que la economía peruana ha tenido en los últimos cuarenta años, los patrones de empleo han seguido manteniendo su perfil tradicional, al menos a nivel nacional.

De otro lado, el crecimiento del empleo juvenil en las ramas del sector terciario es un fenómeno que debiera ser resaltado en la medida que muestra un gran dinamismo en los últimos 20 años. Se ha sugerido también la existencia de una segmentación del empleo juvenil según género, en la medida que una buena proporción de las mujeres jóvenes se emplea en los servicios, mientras un porcentaje también significativo de varones lo hace en la agricultura. Pero también se ha alertado que ello podría deberse al subregistro del trabajo femenino en la agricultura.

Tratemos de resumir en un párrafo, para finalizar esta primera parte, los principales hallazgos de este trabajo, tratando a la vez de construir una especie de perfil del joven peruano. En primer término, el joven en el Perú reside fundamentalmente en las áreas urbanas, en una proporción que es mayor a la presentada en el conjunto de la población. Casi un tercio de ellos reside en Lima, y si consideramos sólo a los jóvenes urbanos, esa proporción aumenta a algo más del 40%. En general, los jóvenes presentan niveles educativos más elevados que los del conjunto de la población, tienden básicamente a ser estudiantes y, en un número mucho más reducido, a trabajar. Aquéllos que trabajan lo hacen mayormente en las áreas rurales, y en su conjunto se emplean mayormente en la agricultura y los servicios.

Pero la juventud peruana dista mucho de ser homogénea. Las principales diferencias que

pueden encontrarse, de acuerdo a la naturaleza de los datos a nuestra disposición, son las que provienen del lugar de residencia y del género al que pertenecen. En promedio, los jóvenes urbanos tienden a tener niveles educativos mayores y tasas de participación menores que las de los rurales. Asimismo, los hombres tienen niveles educativos y tasas de actividad mayores que las mujeres. Estas últimas, en cambio, presentan una importante fracción de su población, que bordea el 40%, dedicada a los "quehaceres del hogar".

Segunda parte

LA JUVENTUD POPULAR EN LIMA METROPOLITANA

INTRODUCCION

La primera gran dificultad que se encuentra en el estudio de los jóvenes de los sectores populares empieza por la propia definición del universo: ¿quiénes conforman éstas así llamadas clases populares? Naturalmente éste es un problema que a su vez se bifurca en una rama conceptual y otra empírica. Dejando aparte los ya inmensos problemas de definición de la noción de clase, uno debiera interrogarse acerca de las condiciones para clasificar a la población laboral entre popular y no popular. Una vez intentado resolver ese problema queda aún pendiente el otro: la cuantificación. ¿Cómo traducir los criterios conceptuales en nociones empíricamente observables? Generalmente los conceptos pierden gran parte de su sofisticación, o elegancia, intelectual cuando se ven sometidos a la prosaica tarea de operar con ellos.

No pretenderemos aquí discutir estas interrogantes puesto que han sido tratadas con cierto detenimiento en otra parte (Ver Galín, Carrión, Castillo 1986). Para los efectos de definición de nuestro universo nos remitimos, por lo tanto, a la argumentación allí realizada (ver en especial las páginas 22-31). En ese trabajo concluíamos que las categorías ocupacionales que conforman el universo popular laboral urbano eran: los obreros en su conjunto, los empleados que carecen

de dirección en la producción (y, por tanto, excluíamos de esta categoría ocupacional a los administradores, gerentes y profesionales), los trabajadores independientes (con exclusión de los profesionales), los trabajadores familiares no remunerados, y los trabajadores del hogar (Galín, Carrión y Castillo 1986: 31).

Definido el universo de estudio, la delimitación de nuestros sujetos no es ya un problema. Los jóvenes populares serán aquellos miembros de las clases populares en la edad juvenil, que siguiendo aquí la convención internacional, es la que va de los 15 a los 24 años.

Una importante limitación de nuestro estudio es que no se ha podido incorporar en el análisis a los desempleados. La inmensa mayoría de ellos, naturalmente, debieran ser considerados parte del bloque popular. Sin embargo, debido a la naturaleza de la información recolectada, son excluidos en buena parte del análisis. Por lo tanto, y téngase esto bien en cuenta, cuando decimos juventud popular limeña nos estamos refiriendo a la juventud popular trabajadora limeña, a menos que se explicite lo contrario. A lo largo del texto usaremos la expresión "juventud popular" como abreviatura de "juventud popular trabajadora".

Habiendo clarificado estos primeros problemas, podemos entonces abordar directamente el objeto de nuestra investigación. Nuestro propósito principal en este trabajo es doble: en primer término, queremos estudiar el estado actual de la juventud popular de Lima, en relación a las variables sociales y económicas más relevantes. En segundo término, deseamos comparar estas condiciones en dos puntos en el tiempo: 1975 y 1984. La intención es averiguar si han existido variaciones fundamentales entre ambos años.

En términos generales, nuestro patrón expositivo seguirá la siguiente mecánica: analizaremos

determinadas características de la juventud popular limeña en 1984, como por ejemplo niveles de ingreso, y luego la compararemos -cuando los datos disponibles así lo permitan- con la situación presente en 1975. El objetivo es saber si las condiciones generales de vida de este sector trabajador han empeorado o no durante esos años, que casi conforman una década entera. La información usada proviene en su totalidad de dos encuestas a hogares realizadas, en cada uno de los años anteriormente mencionados, por la Dirección General de Empleo del Ministerio de Trabajo.

Antes de continuar, algunas palabras son necesarias para explicar brevemente los distintos contextos económicos existentes en 1975 y 1984, fechas de nuestra información. El año 1975 es un año de relativo auge económico. Como Alvarado (1986: 140) ha señalado, "el PBI real crece entre 1970 y 1974 a una tasa promedio anual de 6% y el PBI real manufacturero, en el mismo lapso, alcanza una tasa de 8.9% anual. De tal modo que a fines de 1975 se había alcanzado un significativo crecimiento en el PBI real per cápita, que era superior en 13.3% al que se tuvo en 1970". En 1984, en cambio, tenemos una situación de crisis económica, inflación y recesión. De esta forma, debe tenerse en cuenta que, al analizar la información ocupacional y de ingresos de ambos años, estamos comparando un año de auge frente a uno de crisis. Indudablemente, estos distintos contextos explican parte de la variación encontrada. Sin embargo, el punto es: ¿Fueron los jóvenes más duramente golpeados, en relación a los adultos, entre estos dos años? O, en cambio, ¿el deterioro de sus condiciones refleja el deterioro general sufrido por las clases populares de Lima? Estas son algunas de las preguntas que trataremos de resolver.

Capítulo 1

LOS JOVENES EN LAS CLASES POPULARES

El estudio de los jóvenes populares debe empezar por resaltar su importante peso en el conjunto de las clases populares trabajadoras de Lima Metropolitana: tres de cada diez de estos trabajadores eran jóvenes. Más aún, la participación numérica de los jóvenes es incluso mayor entre las mujeres trabajadoras de las clases populares.

Por otra parte, la mayoría de los jóvenes populares, en 1984, han nacido en Lima Metropolitana. Esto contrastaba con la situación presentada una década antes, cuando los migrantes eran aún mayoría entre los jóvenes. En este capítulo examinaremos en detalle cada uno de estos aspectos.

1. La participación de los jóvenes en las clases populares

Como ya se ha dicho, cuando se analiza el peso de los jóvenes entre las clases populares de Lima, se observa que su proporción es de aproximadamente el 30%. Tal porcentaje no ha variado significativamente: en 1975 era 29.6%, mientras que en 1984 alcanzaba el 31.1% (cuadro 1). Sin embargo, si se divide el total de los sectores entre hombres y mujeres, y se examina el peso de los jóvenes en cada una de estas sub-poblado-

nes, se observará que tienen una participación numérica más importante entre las mujeres. En 1984, 37.3% del conjunto de las mujeres populares eran jóvenes. Entre los hombres, en cambio, tal proporción se reducía al 26.9% (cuadro 1).

Esto implica, naturalmente, que la edad promedio de los varones populares es más alta que el de las mujeres. O dicho de otra forma, que las mujeres se emplean en las ocupaciones populares básicamente en sus edades juveniles, mientras que los varones lo hacen en sus edades adultas. Esta constatación no tiene nada de peculiar. De las pocas mujeres que se incorporan a la ac-

Cuadro 1
Lima Metropolitana. Clases populares según Grupos de edad y sexo, 1975-1984

	1975			1984		
	Tot	Hom	Muj	Tot	Hom	Muj
14 años	0.3	0.2	0.4	1.2	1.3	1.1
15-19	9.8	7.9	14.6	12.2	10.4	14.8
20-24	19.8	17.4	25.7	18.9	16.5	22.5
25-29	15.3	15.2	15.5	17.0	17.3	16.6
30-34	12.3	13.1	10.3	12.2	12.6	11.5
35-39	11.1	11.7	9.7	12.2	11.8	11.0
40-44	10.6	10.7	10.2	8.6	8.3	8.9
45-49	8.6	9.1	7.2	6.5	7.4	5.1
50-54	4.9	5.6	3.3	4.9	5.6	3.9
55-59	3.2	3.8	2.0	3.3	4.3	1.9
60-64	2.2	2.9	0.6	1.8	2.2	1.3
65-69	1.1	1.5	0.1	1.2	1.5	0.8
70-74	0.4	0.4	0.4	0.5	0.5	0.5
75 y más	0.4	0.5	0.0	0.1	0.1	0.1
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Edad promedio	**33.8**	**35.2**	**30.5**	**32.6**	**33.8**	**30.9**

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuestas de Hogares 1975, 1984.

tividad laboral, la mayoría de ellas lo hace cuando son jóvenes, para luego ir paulatinamente abandonando el mercado laboral conforme van aumentando en edad, lo que casi siempre coincide con el matrimonio o el nacimiento de su primer hijo. (Entre los estudios que han señalado esta tendencia entre las mujeres puede consultarse INE 1984b).

Debido a este hecho, la población popular juvenil es más homogénea en la distribución de los géneros. Por ejemplo, mientras la proporción entre hombres y mujeres entre los adultos era de 1.75 (es decir, 1.75 hombres por cada mujer), entre los jóvenes apenas alcanzaba el 1.1. Más aún, entre 1975 y 1984 esta distribución se ha hecho más homogénea. En el primer año mencionado, 4 de cada 10 jóvenes populares eran mujeres; en 1984 la cifra se eleva a casi 5.

También entre la población adulta el porcentaje de mujeres se eleva: de 25% a 36%. Aunque las variaciones no son muy fuertes, esto indica una tendencia hacia la mayor permanencia de las mujeres en las ocupaciones aquí calificadas como populares. Es posible que las mujeres jóvenes de 1975 hayan abandonado con menor frecuencia el mercado laboral una vez alcanzada las edades adultas. Siempre en términos hipotéticos, dos factores pueden adelantarse como explicación de este fenómeno. Primero, la crisis económica de 1976-1978 y de 1982-1985, habría forzado a muchas mujeres a permanecer en el mercado laboral. Segundo, las propias tendencias de modernización y cambios en los patrones culturales, habrían favorecido que mujeres casadas y con hijos permanezcan en la actividad económica.

En resumen, los jóvenes en su conjunto representan alrededor de un 30 por ciento de las clases populares de Lima, pero cuando se desagrega esta población por sexo se observa que en-

tre los hombres los jóvenes son alrededor de un 27%, mientras que entre las mujeres el porcentaje es de un 37 por ciento. En los jóvenes, la distribución entre hombres y mujeres es relativamente similar, mientras que entre los adultos los hombres son claramente la mayoría. Sin embargo, entre 1975 y 1984 se percibe un cambio, puesto que las mujeres tienden a aumentar su participación en el grupo de edad adulta, sugiriendo una mayor permanencia en el mercado de trabajo.

2. Juventud popular y migración

A diferencia del conjunto de las clases populares, entre los jóvenes populares los nacidos en Lima han logrado convertirse en mayoría en 1984. En 1975 los migrantes constituían la mayoría dentro de la población popular y de los jóvenes, aunque ya en este año la proporción de migrantes entre los jóvenes era menor a la registrada en el interior de la población popular (58% contra 68.3%). En 1984, en cambio, mientras los migrantes seguían siendo la mayoría (aunque algo disminuida) dentro del total de las clases populares, entre los jóvenes, los migrantes ceden el paso a los nativos (cuadro 2).

De otro lado, la proporción de migrantes entre los jóvenes se encuentra desigualmente distribuida entre hombres y mujeres. En general, las mujeres tienen una mayor proporción de migrantes entre sus filas. Tanto en 1975 como en 1984, el peso de los migrantes en las mujeres jóvenes es mucho más alto que el registrado entre los varones. Asimismo, mientras los nativos conforman casi los dos tercios de los jóvenes varones, entre las mujeres jóvenes el porcentaje de migrantes es todavía ligeramente superior al de nativos.

Lo anterior, sin embargo, no debe hacernos perder de vista la perspectiva de largo plazo. A pesar de la presencia aún mayoritaria de migrantes en las mujeres jóvenes, los nativos han aumentado fuertemente su participación entre 1975 y 1984 (cuadro 2).

En suma, los jóvenes de las clases populares de Lima son mayoritariamente nativos de esta ciudad, lo que se cumple con mayor fuerza para los varones. En términos comparativos, el peso de los nativos ha aumentado en general entre todos los sectores de las clases populares, aunque con un poco más de fuerza, nuevamente, entre los varones jóvenes.

Es innegable, por otro lado, que una buena parte, si no la mayoría, de estos jóvenes populares nacidos en Lima son hijos de padres migrantes. ¿En qué medida esta diferencia en lugar de nacimiento determina comportamientos laborales distintos a los de sus padres? ¿Hasta qué

Cuadro 2
Lima Metropolitana. Clases populares según condición migratoria y sexo, 1975-1984

	1975			1984		
	Tot	Hom	Muj	Tot	Hom	Muj
Jóvenes						
Nativos	42.0	47.3	34.1	57.1	63.7	49.9
Migrantes	58.0	52.7	65.9	42.9	36.3	50.1
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Pob. popular						
Nativos		31.7	31.8	31.4	41.3	41.241.6
Migrantes	68.3	68.8	68.6	58.7	58.8	58.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuesta de Hogares 1975, 1984.

punto sus expectativas de estatus social varían en relación al de sus padres? Estas y otras interrogantes, desafortunadamente, escapan al ámbito del presente estudio, y sin embargo son cruciales para averiguar si la condición de los nativos de primera generación es significativamente distinta a la de los nativos de segunda, tercera o cuarta generación.

Capítulo 2

EDUCACION Y JUVENTUD POPULAR: UNA BRECHA QUE SE ESTA CERRANDO

En un trabajo anterior, dedicado a examinar las características sociales y económicas de las clases populares de Lima, se señaló que una de sus características más distintivas había sido el proceso de elevación de sus niveles educativos (Galín, Carrión, Castillo 1986: 95.[1] En este capítulo queremos retomar esa línea de análisis, para remarcar que han sido precisamente los jóvenes de estas clases quienes han elevado de manera más significativa estos niveles. Sin embargo, si los jóvenes presentan un mayor nivel educativo que los adultos, dentro de los primeros son los hombres y los nacidos en Lima quienes tienden a presentar logros educativos más altos.

1. Por supuesto, esto no implica juicio alguno en relación a la calidad de la educación recibida. Una de las características más perniciosas del proceso de expansión educativa ha sido, precisamente, la aparición de un sector privilegiado y de relativa alta calidad académica (mayormente, pero no exclusivamente, ocupado por instituciones privadas), frente al constante deterioro de la educación pública. De esta manera, poco a poco va siendo más importante, para la determinación del esta tus social, la institución donde se ha estudiado, en vista que la cantidad de años aprobados tiende a uniformarse.

l. La elevación de los niveles educativos

Tal como hemos dicho arriba, las clases populares adultas en Lima han incrementado de manera notable sus niveles educativos entre 1975 y 1984. En efecto, la población popular ha incrementado sus porcentajes en los niveles de educación secundaria completa y superior incompleta, mientras que ha disminuido en los de sin instrucción o primaria, ya sea incompleta o completa (cuadro 3). Sin embargo, ha sido el segmento juvenil de estas clases el que ha mejorado de manera más dramática estos niveles. En 1975 apenas un poco más de un tercio de los jóvenes había llegado a culminar sus estudios primarios como toda educación. En 1984, en cambio, esa cifra se reduce a un 14%. Simultáneamente, el 60% de jóvenes que en el primero de los años mencionados tenía sólo secundaria incompleta o completa, se eleva a un importante 73.5%. Este aumento se explica sobre todo por el crecimiento de los que declaraban poseer secundaria completa, que salta de un 26.5 a un significativo 45.1% en 1984 (cuadro 3).

Como se ha dicho, también en el segmento adulto se han registrado importantes avances, sobre todo en los niveles de educación superior. Sin embargo, si se compara la estructura educativa de los jóvenes frente a la de los adultos, se observa que los primeros presentan una distribución unimodal de sus niveles educativos (concentrada en torno a la secundaria). Los adultos, en cambio, tienden a presentar una distribución bimodal (con un tercio de su población en los niveles más bajos y otro tercio con secundaria completa).

Cuadro 3
Lima Metropolitana. Clases populares según nivel educativo y sexo, 1975-84

	Jóvenes			Adultos		
	Tot	Hom	Muj	Tot	Hom	Muj
I. 1975						
S.I.- Primo Inc	14.9	7.5	26.0	24.8	21.4	34.8
Primaria Comp.	19.3	19.1	19.7	30.1	31.3	26.5
Secundaria Inc.	33.0	39.5	23.3	17.7	19.4	12.8
Secundaria Comp.	26.5	26.1	27.2	19.8	19.5	20.7
Superior Incomp.	5.9	7.4	3.6	4.3	4.7	3.0
Superior Comp.	0.4	0.4	0.3	3.3	3.7	2.2
Total	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**
II 1984						
S.I.-Prim. lnc	4.6	2.0	7.4	14.8	10.1	22.9
Primaria Comp.	9.7	5.4	14.4	20.1	18.9	22.1
Secundaria Inc.	28.4	30.6	25.9	17.9	20.8	12.9
Secundaria Comp.	45.1	47.5	42.4	33.7	35.0	31.3
Superior Incomp.	10.6	13.2	7.7	6.0	6.8	4.5
Superior Comp.	1.7	1.2	2.1	7.6	8.3	6.3
Total	**10.0.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**

III. Coeficiente V de Cramer	**1975**	**1984**
-Para educación y edad	0.23	0.27
-Para educo y sexo (entre jóvenes)	0.28	0.22
-Para educo y sexo (entre adultos)	0.15	0.20

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuesta de Hogares 1975, 1984.

2. Las diferencias por género

Los hombres, en general, han alcanzado logros educativos mayores al de las mujeres. Tanto en 1975 como en 1984, en jóvenes y adultos, los varones presentan promedios educativos mayores al de las mujeres. Ellos tenían una menor proporción de su población con educación primaria exclusivamente, a la vez que contaban con un mayor porcentaje de educación secundaria. Por ejemplo, en 1984, un 21.8% de las jóvenes con instrucción hasta primaria completa contrasta-

ban con un escaso 7.4% similar entre los varones. Asimismo, las mujeres jóvenes tenían 10 puntos porcentuales menos en el nivel secundario (completo o no).

A pesar de esta evidente diferencia, sin embargo, la brecha educativa entre hombres y mujeres jóvenes tiende a cerrarse. No así entre adultos. En el cuadro 3 puede verse, por ejemplo, que la asociación estadística entre sexo y educación se reduce entre los jóvenes, mientras que se incrementa entre los adultos. Esto se explica por la muy importante reducción de la proporción de mujeres jóvenes que carecían de educación o contaban sólo con algún año de primaria, que baja de un 26% en 1975 a un 7.4% en 1984. Así también por la consiguiente elevación del porcentaje de mujeres jóvenes con secundaria completa, que se eleva de un 27.2% a un 42.4% entre los años antes mencionados. Entre la población adulta, en cambio, las diferencias entre hombres y mujeres se agranda debido a que la población masculina adulta ha incrementado sus porcentajes en los niveles secundarios y superior a un ritmo más veloz.

Lo anterior muestra que, veinte años atrás, fueron básicamente los hombres quienes incrementaron, de manera significativa, sus niveles educativos. En cambio, ahora tanto hombres como mujeres tienden a permanecer de manera similar en las instituciones educativas, por lo menos hasta el nivel de secundaria.

3. Niveles educativos y condición migratoria

Así como pueden detectarse importantes diferencias en las pirámides educativas entre los jóvenes de acuerdo al sexo al que pertenecen, también podemos encontrar marcadas desigualdades en los logros educativos en función del lugar

de nacimiento. Podemos saber que una persona nativa de Lima Metropolitana posee niveles educativos mayores que otra nacida fuera de esta ciudad. En efecto, la asociación estadística entre educación y migración arroja valores que caracterizan una relación moderadamente fuerte (0.35 y 0.37 para 1975 y 1984, respectivamente).

Un ejemplo ilustrativo está dado por la proporción de jóvenes que contaban con una educación hasta primaria incompleta: 4.5% entre los nativos, 27.4% entre los migrantes. Asimismo, más de la mitad de los jóvenes nacidos en Lima Metropolitana habían culminado, en 1984, su educación secundaria. Menos de un tercio de los jóvenes migrantes podía exhibir tal condición.

Esta situación de desigualdad educativa no parece haber cambiado entre 1975 y 1984. Aunque tanto nativos como migrantes han aumentado sus niveles educativos, la estructura de las pirámides educativas ha permanecido inalterada, lo que se refleja en el hecho de que el coeficiente de asociación estadístico entre niveles educativos ha aumentado ligeramente.

Las diferencias educativas entre hombres y mujeres también se reproducen entre nativos y migrantes, aunque son mucho más profundas entre estos últimos. Ello es, en realidad, un cambio significativo en relación a lo presentado en 1975. En este año, las desigualdades entre hombres y mujeres jóvenes eran casi inexistentes entre nativos y migrantes. Este cambio parece deberse al hecho que las mujeres migrantes jóvenes no disminuyen su proporción en el nivel de primaria completa. Esto sugiere que mujeres jóvenes con muy pocos años de educación formal siguen siendo el componente mayoritario entre la población juvenil femenina que migra hacia Lima. Por esta razón, la brecha entre hombres y mujeres migrantes jóvenes se amplía en 1984, mien-

tras que entre los nativos se reduce ligeramente (cuadro 4).

Otro elemento a tener en cuenta, y que nos permite apreciar con mejor claridad la naturaleza de las diferencias educativas entre los jóvenes, proviene de la comparación de los logros educativos de los jóvenes migrantes con las jóvenes nativas. En este caso, las mujeres tienen niveles educativos más altos que los varones. Es decir que, entre los jóvenes, las diferencias edu-

Cuadro 4
Lima Metropolitana. Clases populares según niveles educativos, condición migratoria y sexo, 1975-1984

	Nativos			Migrantes		
	Tot	Hom	Muj	Tot	Hom	Muj
I. 1975						
S.I-Prim. Inc.	5.1	3.3	8.9	22.1	11.3	34.9
Primaria Comp.	11.8	12.1	11.2	24.8	25.3	24.1
Secundaria Inc.	36.4	42.7	23.3	30.6	36.7	23.4
Secundaria Comp.	36.0	29.6	49.3	19.5	22.9	15.5
Superior Incomp.	9.9	11.5	6.5	3.0	3.8	2.1
Superior Comp.	0.8	0.8	0.8	0.0	0.0	0.0
Total	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**
II. 1984						
S.I.-Prim. Inc.	1.1	0.8	1.7	9.2	4.1	13.3
Primaria Comp.	3.4	2.3	4.8	18.2	10.8	23.9
Secundaria Inc.	24.8	29.6	18.2	33.0	32.4	33.5
Secundaria Comp.	55.5	52.7	59.4	31.3	38.5	25.5
Superior Inc.	13.4	14.6	11.8	6.8	10.8	3.7
Superior Comp.	1.8	0.0	4.1	1.5	3.4	0.0
Total	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**

III.Coeficiente V de Cramer	**1975**	**1984**
-Para educ. y condición migratoria	0.35	0.37
-Para educ. y sexo (entre nativos)	0.26	0.29
-Para educ. y sexo (entre migrantes)	0.22	0.31

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuesta de Hogares 1975, 1984

cativas más relevantes no provienen tanto del sexo al que se pertenece como del lugar donde se ha nacido. Por esta razón, el coeficiente estadístico entre educación y sexo es de 0.22, mientras que para la asociación entre educación y migración es de 0.37. Podemos concluir entonces que sobre las diferencias de sexo se imponen las diferencias de origen geográfico.

Para sintetizar los descubrimientos más importantes en relación al comportamiento de la variable educación entre los jóvenes podemos decir lo siguiente. En primer lugar, los jóvenes han presentado una notable expansión de sus promedios educativos entre 1975 y 1984, proceso registrado dentro de un contexto general de expansión educativa del conjunto de las clases populares. La especificidad aquí es que han sido precisamente los jóvenes quienes han impulsado esta expansión. No podemos dejar de mencionar el hecho de que esta elevación de los niveles educativos se ha producido como resultado de procesos similares presentes entre adultos. Esto ha generado, especialmente dentro de los jóvenes, un notable fenómeno de homogeneización educativa.[2]

Un segundo elemento importante a rescatar es que, sin embargo, algunas heterogeneidades educativas aún persisten entre los jóvenes. No puede dejar de mencionarse, por ejemplo, las persistentes diferencias educativas entre hombres y mujeres, y entre nativos y migrantes. Las mujeres aún presentan promedios educativos inferiores al de los varones, aunque la brecha tiende a cerrarse. De igual manera, los nativos supe-

2. Reiteramos, nuevamente, que se trata de una homogeneización en términos cuantitativos. Se carece de información acerca de la calidad de la educación recibida por la juventud popular, en relación a la juventud no popular, aunque es lógico suponer que ella es de inferior calidad.

ran ampliamente en niveles educativos a los migrantes, y en este caso la diferencia en lugar de reducirse se ha ampliado un tanto.

Al compararse las diferencias entre hombres y mujeres con las de nativos y migrantes, se ha encontrado que las variaciones educativas más fuertes entre los jóvenes provienen fundamentalmente del distinto origen de nacimiento. Por lo tanto, no se puede concluir este capítulo sin dejar de señalar que las mujeres migrantes muestran una doble desventaja. Su condición de mujer, sumada a la de migrante, las coloca en la base de la pirámide educativa: en 1984 aún 37% de ellas mostraba niveles educativos inferiores o equivalentes a primaria completa. (Aunque, claro está, mucho mejor del casi 60% registrado en 1975).

Capítulo 3

JUVENTUD POPULAR Y EMPLEO

Antes de empezar este capítulo es necesario aclarar dos cosas. En primer lugar, el análisis aquí realizado está referido a los jóvenes populares, tal como han sido definidos en la introducción e incluye, naturalmente, a los desempleados. Por lo tanto, y ésta es nuestra segunda advertencia, los datos aquí mostrados no son comparables con la información de empleo que generalmente se publica para toda la población económicamente activa, sea joven o no. Hecha esta salvedad, queremos decir que dentro de las clases populares, los jóvenes presentan mayores tasas de desempleo y subempleo que los adultos. Entre los jóvenes, por otro lado, son las mujeres y los migrantes quienes tenían una peor situación de empleo.

1. Desempleo y subempleo: los problemas de ser joven

Los jóvenes en general, tanto en Lima como en las otras grandes ciudades latinoamericanas, son el grupo demográfico que presenta los mayores niveles de desempleo y subempleo. Una serie de razones, inherentes a la propia condición del trabajo juvenil, parecen convertir a este sector en particularmente vulnerable para tales condicio-

nes. Por tal motivo, aunque lamentable, no llama extremadamente la atención el hecho de que los jóvenes populares muestren mayores tasas de desempleo y subempleo que los adultos. Así por ejemplo, mientras sólo un 7.2% de los adultos se encontraba desempleado en 1984, casi un 20% de los jóvenes presentaba similar situación. De otro lado, mientras apenas un 30% de la población juvenil popular podía declarar poseer un empleo adecuado, tal situación entre los adultos alcanzaba a un poco más de la mitad de su respectiva población.

Por otro lado, los jóvenes no sólo tienen mayor subempleo global que los adultos sino que, además, tienden a presentar proporciones sustancialmente más elevadas en los niveles de subempleo agudo y medio por ingresos. De acuerdo con las definiciones oficiales (MT-DGE 1972), se califica como subempleados a aquéllos que cumplen cualquiera de estas dos condiciones: a)trabajan menos de 35 horas a la semana y declaran querer trabajar más; o b)trabajando 35 horas o más a la semana perciben ingresos inferiores a un mínimo establecido (que en general está sólo ligeramente por encima del salario mínimo vital legalmente establecido). De esta forma, el subempleo puede ser por horas de trabajo, si se cumple la primera condición, o por ingresos, si es la segunda condición la que se cumple.

En Lima Metropolitana el subempleo por tiempo de trabajo es prácticamente irrelevante, y más aún entre los jóvenes. En 1984, por ejemplo, sólo el 1.6% de los jóvenes se encontraba subempleado por horas, mientras que el conjunto de la PEA lo estaba en un 2.7%. Por tanto, siendo el subempleo por ingresos el que explica casi en su totalidad el conjunto del subempleo, la determinación del subempleo va a estar en función

de los niveles de ingresos. Una caída de los ingresos implica un aumento del subempleo. Como los jóvenes tienen ingresos promedios mucho más bajos que los adultos, sus tasas de subempleo agudo y medio por ingresos, como se ha dicho, son significativamente mayores.

Esta desventaja de los jóvenes frente a los adultos es un fenómeno, repetimos, común a todas las sociedades. Varias explicaciones se han avanzado al respecto. Una de las más comunes es que la población adulta no puede darse el lujo de mantenerse sin trabajo durante mucho tiempo, en tanto que los jóvenes tendrían mayor libertad al respecto (Ramos 1986: 64). Sin embargo, y como lo señala la propia autora antes citada, el subempleo juvenil es también consistentemente más alto que el de los adultos. Verdera (1988: 5) explica esta brecha en términos de experiencia laboral.[3] Esta relación positiva entre niveles de empleo y edad puede ser cuantificada, tal como se deduce de los valores de los estadísticos de asociación, que superan el 0.3 (cuadro 5).

Ahora bien, las diferencias en los niveles de empleo entre hombres y mujeres son importantes. Aunque las tasas de desempleo entre jóvenes varones y jóvenes mujeres no eran muy distintas, por lo menos en 1984, en cambio las respectivas tasas de subempleo y empleo adecuado sí lo eran. En el año mencionado anteriormente, el 64% de las mujeres jóvenes estaba subempleada, mientras el 53.7% de su contraparte masculina estaba en similar situación. Tal diferencia se debía sobre todo a la fuerte concentración de las mujeres en el nivel de subempleo agudo por in-

3. "La diferencia de edad entre los trabajadores, con sus implicancias de antigüedad en el empleo, experiencia, conocimiento del mercado de trabajo, entre otros factores, explica esta desigualdad".

Cuadro 5
Lima Metropolitana. Clases populares según niveles de empleo y sexo, 1984

Niveles de empleo	Jóvenes Tot	Hom	Muj	Adultos Tot	Hom	Muj
Desempleo	18.5	16.7	20.5	7.2	5.9	9.5
Subempleo*	58.6	53.7	64.0	39.9	31.4	54.8
-agudo	22.6	11.5	34.7	9.7	3.9	20.0
-medio	18.3	18.9	17.6	11.4	7.8	17.6
-leve	16.6	22.1	10.7	17.1	18.1	15.5
-por horas	1.1	1.2	1.1	1.7	1.7	1.8
Empleo Adecuado	22.9	29.7	15.5	52.8	62.7	35.6
Total	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**

Coeficiente V de Cramer
para empleo y edad 0.319
para empleo y sexo (jóvenes) 0.170
para empleo y sexo (adultos) 0.271

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuesta de Hogares 1984.

*Esta fila es la suma del subempleo por ingresos (agudo, medio y leve) y por horas.

gresos, donde ellas mostraban un porcentaje que era casi 24 puntos porcentuales mayoral encontrado entre los varones jóvenes (34.7% y 11.5%, respectivamente).4 De otro lado, el porcentaje de empleo adecuado entre los jóvenes varones era casi el doble del registrado entre las mujeres jóvenes (cuadro 5).

2. Migración, educación y empleo juvenil

Cuando se examina la situación del empleo juvenil popular, de acuerdo a la condición migratoria, se observa que los nativos presentan una mayor tasa de empleo adecuado. Por otro lado, no

4. Esta situación era explicada en gran medida por los ingresos de las trabajadoras del hogar.

parece haber diferencias significativas en relación al empleo entre aquéllos que cuentan con poca educación, en comparación con aquéllos que cuentan con mejores niveles educativos.

El lugar de nacimiento de los jóvenes parece tener una influencia decisiva en la evolución de sus niveles de empleo. Los nativos tienen mayor desempleo (20% frente al 16% entre migrantes); pero a su vez, son los que cuentan con mejores niveles de empleo adecuado: 27% en comparación con 17% entre los migrantes. La diferencia se explica por la fuerte presencia del subempleo entre los migrantes (cuadro 6).

Pero las diferencias entré nativos y migrantes son mucho más acentuadas entre las mujeres. Si se observa nuevamente el cuadro 6, puede apreciarse que, mientras hombres jóvenes nativos y migrantes presentan una situación de empleo relativamente similar, las mujeres jóvenes nativas

Cuadro 6
Lima Metropolitana. Jóvenes de las clases populares según niveles de empleo y sexo, 1984

Niveles de empleo	Nativo			Migrantes		
	Tot	Hom	Muj	Tot	Hom	Muj
Desempleo	20.6	16.5	26.2	15.8	16.9	14.9
Subempleo I[a]	14.8	127	17.6	33.0	9.5	51.6
Subempleo II[b]	16.6	16.9	16.0	20.5	22.3	19.1
Subempleo III[c]	19.2	22.3	15.0	13.1	21.6	6.4
Subempleo IV[d]	1.3	1.2	1.6	0.9	1.4	0.5
Empleo adecuado	27.5	30.4	23.5	16.7	28.4	7.4
Total	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**	**100.0**

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuesta de Hogares 1984.

[a] Subempleo agudo por ingresos.
[b] Subempleo medio por ingresos.
[c] Subempleo leve por ingresos.
[d] Subempleo por horas de trabajo.

tienen considerablemente mayor nivel de empleo adecuado y menor desempleo que su contraparte juvenil femenina migrante. Por consiguiente, mientras que entre los varones jóvenes la condición migratoria no parece presentar un efecto considerable, entre las mujeres jóvenes, en cambio, el origen geográfico sí va a influenciar decisivamente los niveles de desempleo, subempleo y empleo adecuado. La explicación de este comportamiento reside en la muy fuerte presencia de las empleadas del hogar entre las mujeres jóvenes migrantes, quienes con sus muy bajos ingresos monetarios engrosan el nivel de subempleo agudo y medio por ingresos, "distorsionando" de esta manera las condiciones de empleo entre las mujeres jóvenes.

Ahora bien, ¿cuál es la influencia que el nivel de educación alcanzado tiene sobre la determinación del empleo? Los datos disponibles parecen sugerir que no mucha. Aunque aquéllos que presentan niveles educativos más altos tienden a presentar mayores tasas de empleo adecuado, a la vez son los que presentan mayores tasas de desempleo. Por tal motivo la asociación estadística es bastante baja (ver cuadro 7).

Esta situación, que ha sido señalada también por Ramos (1986: 65), muestra la existencia de una realidad potencialmente explosiva. Entre aquellos jóvenes con secundaria completa, superior incompleta y superior completa se presenta una distribución bimodal, con una clara concentración en los extremos de la escala de empleo. En efecto, si consideramos a los jóvenes con secundaria completa encontramos que porcentajes similares, que bordean el 22-25%, muestran niveles de desempleo global y empleo adecuado. Entre los jóvenes con superior incompleta la situación se presenta relativamente mejor, con un 42% de su población declarando poseer empleo

Cuadro 7

Lima Metropolitana. Clases populares según niveles de empleo por nivel educativo alcanzado y sexo, 1984

	NIVELES EDUCATIVOS						
	S. Ins	Pri Inc	Pri Com	Sec Inc	Sec Com	Sup lno	Sup Com
I. Jóvenes							
Desempleo	0.0	13.3	9.2	14.0	22.1	25.3	30.8
Subempleo Ia	66.7	56.7	44.7	35.1	10.5	8.4	0.0
Subempleo II[b]	16.7	20.0	22.4	14.9	21.0	13.3	7.7
Subemp III[c]	16.7	3.3	10.5	17.6	19.8	9.6	23.1
Subempleo[d]	0.0	0.0	0.0	0.5	1.7	1.2	7.7
Empleo Adecuado	0.0	0.0	13.2	18.0	24.9	42.2	30.8
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
-Tau C de Kendall:			0.115				
-Gamma:			0.171				
II. Adultos							
Desempleo	6.0	6.9	6.1	7.8	8.0	4.9	7.8
Subempleo I[a]	30.0	21.8	14.3	9.2	3.7	6.9	1.6
Subempleo II[b]	30.0	15.3	16.1	12.1	8.4	4.9	2.3
Subemp III[c]	20.0	20.8	19.6	18.3	16.0	10.8	10.9
Subempleo IV[d]	0.0	1.5	1.2	1.6	1.9	2.9	2.3
Empleo Adecuado	14.0	33.7	42.7	51.0	62.0	69.6	75.2
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
-Tau C de Kendall:			0.196				
-Gamma:			0.306				

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuesta de Hogares 1984.

[a]Subempleo agudo por ingresos.
[b]Subempleo medio por ingresos.
[c]Subempleo leve por ingresos.
[d]Subempleo por horas de trabajo.

adecuado, pero aun aquí un 25% de ellos no podía conseguir empleo. Finalmente tenemos el caso de los que cuentan con superior completa, quienes muestran una población dividida por tercios, un tercio de desempleados, otro de subempleados, y uno final de adecuadamente empleados. La conclusión es que un mejor nivel educativo entre los jóvenes, no necesariamente garantiza una mejor situación en el mercado laboral.

Algunos autores han señalado diversas razones que explican este alto nivel de desempleo

entre los jóvenes más calificados. Por ejemplo, Verdera (1985) afirma que la mayor rotación en el empleo de estos jóvenes, así como el hecho que pasan más tiempo en la búsqueda que un empleo, debido a sus mayores expectativas, hacen que el desempleo abierto sea mayor entre ellos. Todo ello es cierto. Sin embargo, lo anterior no niega el hecho fundamental: a pesar de (o, tal vez, debido a) su mayor educación, su desempleo es mayor.

¿Qué efectos políticos y sociales produce, o puede generar, este desfase entre educación y empleo? No lo sabemos con claridad. Sin embargo, ¿podría especularse que aquellos jóvenes con mayores promedios educativos y, a la vez, mal remunerados o desempleados, constituyen un sector social propenso a prédicas contestatarias o radicales? Tampoco podemos contestar esta pregunta. Sin embargo, por su importancia, ellas son dignas de una futura investigación.

Algunos podrían pensar que, al fin y al cabo, la inversión en educación rinde frutos no durante la edad juvenil sino después, durante la vida adulta. Esto es sólo relativamente cierto. Aunque la relación entre empleo y educación es más nítida entre los adultos, la asociación es sólo moderadamente fuerte, con un valor gamma de 0.3. Los niveles de desempleo entre los adultos con educación superior completa es similar al de los que sólo cuentan con secundaria incompleta e inferior a los que poseen secundaria completa. Por cierto sus niveles de empleo adecuado son los más altos, pero no se diferencian mucho de los que sólo poseen secundaria completa o superior incompleta (cuadro 7).

La fuerte incidencia del desempleo y el subempleo entre los jóvenes populares con mayores niveles educativos amerita algunos comentarios adicionales. Tradicionalmente se ha consi-

derado que una mejora en los niveles educativos traería aparejado una sustancial mejora en los niveles de vida de la población implicada, ya que tal incremento educativo abriría las puertas para ocupaciones mejor calificadas y por tanto mejor remuneradas.

Aunque los datos que están a nuestra disposición no son los adecuados para poner a prueba esta creencia, es evidente que, al menos entre los estratos jóvenes de las clases populares, el sustancial incremento de sus niveles educativos, registrado en las últimas dos décadas, no parece haber operado en el sentido esperado. Probablemente, lo más importante es que la mejora de la educación no ha implicado necesariamente una sustancial reducción de sus niveles de desempleo y subempleo (que, como hemos visto, es una especie de variable proxy para los ingresos). Es cierto que un joven con mejor nivel educativo, como nos lo recuerda la CEPAL (1985), tiene mejores incentivos para rechazar empleos considerados por ellos no adecuados para el grado de educación ya alcanzado, y por tanto pueden "esperar" mejores oportunidades ocupacionales. Sin embargo, la propia CEPAL reconoce que la extensión y el grado de desempleo alcanzado por los jóvenes en casi toda América Latina muestra que en realidad estamos frente a un urgente y candente problema social. El problema es más agudo aún cuando se considera que el desempleo y subempleo en nuestra sociedad es también bastante alto entre los adultos, por lo que las propias expectativas y esperanzas de los jóvenes con mejores niveles educativos no son ya ¿Es posible establecer algún vínculo entre esta fuerte incidencia del desempleo y subempleo entre los jóvenes con sus actuales manifestaciones políticas, que en muchos casos tienden hacia

la violencia? Un trabajo de esta naturaleza ciertamente no puede afirmar la existencia o no de tal relación, en la medida que se carece de información acerca de las actitudes políticas de los jóvenes.

En síntesis, hemos visto hasta ahora que existe una fuerte asociación entre edad y sexo con los niveles de empleo, es decir, que tanto los jóvenes como las mujeres tienden a presentar mayor subempleo y desempleo, y menores niveles de empleo adecuado. También hemos observado que la relación entre origen geográfico y empleo, siendo positiva, es más leve que la encontrada con las variables arriba mencionadas. Se ha señalado que, en primer lugar, el hecho de que los jóvenes estén en mejores condiciones de "esperar" un empleo más adecuado, y, en segundo término, la influencia que las trabajadoras del hogar tienen en la determinación del empleo y los ingresos femeninos, pueden explicar estos hallazgos. Finalmente, el análisis nos ha revelado también que el nivel educativo alcanzado no tiene casi relación con la determinación del empleo entre los jóvenes. Sin embargo, en cada uno de estos casos mostrados, los coeficientes se basan en análisis bivariados, sin controlar los efectos que otras variables pueden tener sobre la determinación de los niveles de ocupación.

Por esta razón, hemos controlado las variables de sexo, condición migratoria y nivel educativo, para preguntarnos si, por ejemplo, la variable edad sigue manteniendo una alta correlación con el nivel de empleo en grupos homogéneos, como podrían ser todos aquéllos que son hombres, que han nacido en Lima Metropolitana y comparten la misma educación. Los resultados, coeficientes gamma para la asociación entre empleo y edad en diversas situaciones de control, pueden apreciarse en el cuadro 8.

Cuadro 8
Valores Gamma para la asociación entre niveles de empleo y edad entre los sectores populares de Lima, según diversas situaciones de control, 1984

	Hombres		Mujeres	
Nativos		Migrantes	Nativa	Migrantes
S. Ins. y Primaria	0.679	0.515	0.497	0.387
Secundaria	0.512	0.616	0530	0.405
Superior	0.520	0.721	0.437	0.688
Total clases populares de Lima			**0.516**	

Los valores de ese cuadro muestran que, controlando por condición migratoria sexo y educación, la asociación entre empleo y edad sigue siendo bastante alta, en algunos casos, incluso, tomando valores por encima de los que se registran en el conjunto de las clases populares de Lima. La única excepción para la conclusión anterior se encuentra entre las migrantes que carecen de nivel de instrucción o cuentan sólo con primaria, donde el efecto que la edad tiene en los niveles de empleo es menor a las otras situaciones de control. La explicación de este fenómeno parece residir en el hecho que tanto las migrantes mujeres jóvenes como adultas de menor educación presentan una situación relativamente similar: altos niveles de subempleo. Para este especial sector demográfico, el paso de los años no parece mejorar significativamente sus condiciones de empleo.

La conclusión general de este capítulo es que estar empleado está en función de la edad: a mayor edad, mayor es la probabilidad de contar con un empleo adecuado; es decir, de tener mejores ingresos.

Capítulo 4

LA JUVENTUD POPULAR EN EL TRABAJO

Este capítulo analiza la problemática ocupacional de la juventud popular trabajadora limeña. Examina la distribución del empleo según ramas de actividad económica y categorías de ocupación. Asimismo, se investiga la extensión de la jornada laboral juvenil. En breve, se argumenta que los jóvenes tienen una mayor participación en la rama de hogares, mientras que presentan una proporción relativamente similar a la de los adultos en la industria y el comercio. Por esta razón, la ocupación de "trabajadores del hogar" es la que tiene más fuerza entre los jóvenes, siendo la de independiente predominante entre los adultos. Por otra parte, obreros y empleados tenían porcentajes similares en ambas sub-poblaciones. Finalmente, tanto jóvenes como adultos laboran extensas jornadas de trabajo.

1. La distribución del empleo juvenil por ramas de actividad

En general, tanto adultos como jóvenes presentan una similar distribución de su empleo según ramas de actividad, pero con dos marcadas excepciones. La primera ocurre en los servicios: los jóvenes tienen una menor proporción de su empleo en esta rama. La segunda corresponde a

la rama de hogares: los jóvenes definitivamente muestran una mayor concentración en esta actividad (cuadro 9). Por esta razón, la asociación estadística, a la vez que positiva, muestra que la relación entre ramas y edad es moderada, puesto que se asienta sobre todo en las diferencias antes mencionadas.

Entre 1975 y 1984 no se han registrado cambios dignos de mencionarse, más allá de la notoria disminución que el empleo industrial ha tenido tanto entre jóvenes y adultos. Por esta razón, si el empleo juvenil ya se encontraba fuertemente "terciarizado" en 1975, lo estaba mucho más en 1984. En el primero de los años mencionados, seis de cada diez jóvenes estaban empleados en las ramas de comercio, servicios y hogares. En 1984 esa cifra aumenta a siete. Tales números estaban sólo ligeramente por encima de los encontrados en la población adulta. Es decir, la gran mayoría de la población popular de Lima, jóvenes y adultos, se encuentra ocupada en actividades no directamente productivas, lo que dice

Cuadro 9
Lima Metropolitana. Clases populares según ramas de actividad y sexo, 1975-1984

	1975			J6venes		1984	Adultos	
	Jov	Adu	Tot	Hom	Muj	Tot	Hom	Muj
Agric. y miner.	0.9	1.9	1.8	2.9	0.6	24	3.1	1.2
Industria	28.	29.2	21.8	27.0	15.9	24.3	26.3	20.6
Construcción	6.4	7.6	S.3	8.9	1.2	6.8	10.3	0.7
Comercio	9.4	21.8	21.4	2O.5	224	25.4	2ll.6	33.9
Servicios[a]	25.3	3S.S	29.0	37.8	19.1	3S.7	38.9	30.1
Hogares	19.	3.9	20.8	2.9	40.9	S.4	0.8	13.7
TOTAL	100	100	100	100	.100	100	100	100

Coeficiente V de Cramer	1975	1984
para rama de actividad y edad	0.26	0.24
para rama y sello (entre jóvenes)		0.50
para rama y sexo (entre adultos)		0.39

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuestas de Hogares 1975, 1984.

mucho de la estructura económica de esta ciudad.

Mientras las diferencias entre jóvenes y adultos en la distribución del empleo por ramas no son muy marcadas, sí lo son en cambio las que se producen entre hombres y mujeres. Entre los jóvenes se observa un claro patrón de inserción económica en función del sexo. Los varones se emplean básicamente en los servicios, la industria, el comercio y la construcción, en ese orden; las mujeres lo hacen en la rama de hogares, comercio, servicios y la industria. Es decir, el empleo femenino juvenil se encontraba mucho más "terciarizado" que el juvenil masculino: un 82% del empleo de las mujeres jóvenes se repartía en las ramas de comercio, servicios y hogares, frente a un 61% registrado entre los varones. Una vez más la clave en la diferencia era provista por la fuerte concentración como trabajadoras del hogar en las mujeres jóvenes, que alcanzaba al 40.1 % de ellas.

Cuando se considera la distribución del empleo juvenil por ramas de actividad de acuerdo a la condición migratoria, observamos que la relación es menos fuerte que cuando se desagregaba por sexo. Pero a pesar de ello, se percibe un patrón de inserción productiva distinto entre nativos y migrantes. Los nativos tenían un mayor peso relativo en la construcción, comercio y servicios, ramas que explicaban el 67% de este empleo, mientras que los migrantes la tenían en hogares (39% del conjunto de su empleo). En la industria, los nativos y migrantes jóvenes presentaban porcentajes relativamente similares (24 y 19%, respectivamente).

Un hecho digno de destacarse es que, como se ha visto, entre los jóvenes la condición migratoria sí desempeña un papel importante en la asignación del empleo por ramas. Entre los

adultos, en cambio, este efecto está bastante mediatizado. Entre ellos, la distribución porcentual de nativos y migrantes en cada una de las ramas de actividad es similar. Naturalmente, la débil asociación entre empleo por ramas y condición migratoria entre los adultos, se explica por la poca importancia de las trabajadoras del hogar: 7%, en contraste con el 39% registrado entre los migrantes jóvenes.

Las diferencias, en torno a la distribución por ramas entre nativos y migrantes jóvenes, se han incrementado un tanto entre 1975 y 1984. Los migrantes tienden a disminuir su participación en la construcción, mientras la incrementan en la rama de hogares. En relación a la industria, debe decirse que se opera una relativa homogeneización, debido sobre todo a que la caída porcentual del empleo en esta rama es más fuerte entre los nativos. Es decir, en un contexto en el cual los jóvenes se emplean hoy menos en la industria que hace 15 años, los nativos pierden mayor participación en esta rama, en términos relativos, que los migrantes (cuadro 10).

De esta forma, cerrados los caminos de la industria, los jóvenes nativos han tendido a ampliar su participación repartiéndose en el comercio, los servicios y los hogares. Los migrantes jóvenes, en cambio, sólo han visto incrementadas sus posibilidades de empleo en la rama de hogares. Es obvio que, en un contexto de crisis, los nativos han tenido abierto un mayor abanico de posibilidades que los migrantes jóvenes.

Esto es más evidente cuando se analiza la distribución del empleo juvenil de nativos y migrantes en función del sexo por un lado, los nativos varones se reparten en las diversas ramas de manera más o menos similar a la de los migrantes varones: aproximadamente 7 de cada 10 se ocupaban en los servicios, la industria y la construcción.

Cuadro 10
Lima Metropolitana. Jóvenes de las clases populares según ramas de actividad y sexo, 1975-1984

	1975		1984					
			Jóvenes			Adultos		
	Natv	Mig	Tot	Hom	Muj	Tot	Hom	Muj
Agric. y min.	0.8	1.0	2.7	4.2	0.6	0.6	0.7	0.6
Industria	34.4	24.0	23.6	26.7	19.2	19.4	27.7	12.7
Construcción	6.5	6.4	6.4	9.2	2.4	3.8	8.5	0.0
Comercio	21.7	17.8	24.8	20.0	31.7	16.9	21.3	13.3
Servicios[a]	32.1	20.4	35.6	38.3	31.7	20.4	36.9	6.9
Hogares	4.5	30.5	6.9	1.7	14.4	38.9	5.0	66.5
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Coeficiente V de Cramer 19751984
para Rama de actividad y edad0.330.40
para Rama y sexo (entre jóvenes) 0.33
para Rama y sexo (entre adultos) 0.66

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuestas de Hogares 1975, 1984.

Entre las mujeres, en cambio, las diferencias entre nativas y migrantes sí son profundas. Entre las nativas, 8 de cada 10 se emplean en el comercio, los servicios y la industria. Entre las migrantes, en contraste, aproximadamente 6 de cada 10 se ocupan exclusivamente en la rama de hogares (cuadro 10).

Consideremos, finalmente, la influencia de la educación en la distribución por ramas. En breve, aquéllos con menores niveles educativos se emplean fundamentalmente en las ramas de hogares y comercio, mientras que aquéllos con mayor nivel de educación lo hacen en los servicios y la industria (cuadro 11).

U n dato digno de destacarse es que entre 1975 y 1984 la educación ha perdido ligeramente poder explicativo sobre la asignación en las ramas de actividad, aunque permanece aún relativamente fuerte. Esta disminución se asienta sobre todo en el hecho de que, mientras en 1975 casi un 20 por ciento de los que tenían los nive-

Cuadro 11
Lima Metropolitana. Jóvenes de las clases populares según ramas de actividad por nivel de educación, 1975-1984

RAMA DE ACI1VIDAD	1975 S.I-Prim	1975 Secundana	1975 Sup	1984 S.I-Prim	1984 Secundana	1984 Sup
Agric. y min.	0.7	1.3	0.0	0.0	1.9	3.7
Industria	19.9	36.4	26.5	9.4	24.1	23.2
Construcción	6.9	6.9	3.8	3.7	5.5	6.1
Comercio	14.4	23.6	24.5	15.9	22.7	19.5
Servicios	14.6	31.7	45.2	10.3	30.3	45.1
Hogares	43.5	0.1	0.0	60.8	15.6	2.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Coeficiente V de Cramer			0.414			0.309

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuestas de Hogares 1975,1984.

les educativos más bajos se empleaba en la industria, en 1984 tal proporción cae al 9.4%. Es decir, en un contexto de reducción del empleo industrial, sólo los jóvenes con mejores promedios educativos fueron capaces de conseguir un empleo en la industria.

En síntesis, el análisis realizado indica que la asociación entre educación y ramas de actividad, siendo positivo, no es muy fuerte, ya que en general se asienta en la sobre-representación de los jóvenes en la rama de hogares, y una ligera subrepresentación en la de servicios. Más allá de estas diferencias, los jóvenes presentan una distribución por ramas económicas bastante similar a la registrada entre los adultos. Asimismo, no parece que entre 1975 y 1984 se hubieran presentado cambios significativos en este patrón descrito. En general, tanto los jóvenes como los adultos de las clases populares presentan una fuerte "terciarización" de su empleo, es decir, más del 60% de su fuerza laboral está empleada

en ramas que no son directamente transformadoras de productos.

Por otra parte, hemos comprobado que existen marcadas diferencias en los patrones de inserción ocupacional entre los hombres y mujeres jóvenes. Los primeros se muestran menos "terciarizados" que las segundas, con una mayor tendencia a incorporse en la industria, la construcción y los servicios que las mujeres.

En relación a la influencia que el origen migratorio tienen sobre esta variable, la información muestra que los nativos jóvenes se emplean en mayor proporción en la construcción, comercio y servicios, mientras que las migrantes jóvenes lo hacen en la de hogares.

Finalmente, se ha encontrado que aquéllos con menores niveles educativos tienden a emplearse básicamente en los hogares y el comercio, mientras que aquéllos con mayor educación lo hacen en los servicios y la industria.

2. Los jóvenes según categorías ocupacionales

Los principales hallazgos de nuestra investigación en relación a este punto son los siguientes: Primero, los jóvenes de las clases populares de Lima presentan un mayor porcentaje en las categorías de trabajadores familiares no remunerados y domésticos, mientras que encuentran mayores dificultades para establecerse como trabajadores independientes. Entre 1975 y 1984 el cambio más notable ha sido la fuerte caída de los obreros y el crecimiento de los trabajadores familiares. Las mujeres jóvenes son básicamente trabajadoras del hogar, mientras que los varones son fundamentalmente obreros. Segundo, entre los nativos predomina ampliamente el trabajo asalariado, mientras que entre los migrantes la proporción de asalariados es similar a la de tra-

bajadores del hogar. Finalmente, los empleados están muy concentrados en los servicios y el comercio, mientras los obreros lo están en la industria y, en menor medida, en los servicios. Los independientes se ubicaban preferentemente en el comercio, y en menor proporción en la industria y los servicios. A continuación se examinará en más detalle cada una de estas afirmaciones.

Los jóvenes tienen un patrón ocupacional claramente distinguible del de los adultos, diferencia que se asienta sobre todo en las ocupaciones de trabajadores independientes, trabajadores familiares no remunerados (TFNR) y trabajadoras del hogar. Mientras que la proporción de jóvenes que se desempeñan como obreros o como empleados era relativamente similar a la de los adultos, la proporción de jóvenes independientes, en cambio, estaba bastante por debajo de la de los adultos. De la misma manera, el porcentaje de trabajadores del hogar entre los jóvenes es significativamente superior al registrado entre los adultos. Finalmente, una mayor proporción de jóvenes se desempeñaba como trabajador familiar no remunerado (cuadro 12).

Lo anterior sugiere la existencia de ciertas ocupaciones típicamente juveniles, como el empleo doméstico, mientras que les sería particularmente difícil acceder a otras categorías ocupacionales. Tal es el caso del trabajo independiente, ocupación que implica cierta inversión de capital que, aunque bajo, muchas veces está fuera del alcance de los recursos juveniles.

Desde el punto de vista de la distribución global de las categorías ocupacionales entre los jóvenes, hay que destacar que las categorías más numerosas son la de empleados y obreros, que explican alrededor de un 60% de su empleo total.

Cuadro 12

Lima Metropolitana. Clases populares según categorías de ocupación y sexo, 1975-1984

	Jóvenes			Adultos		
	Tot	Hom	Muj	Tot	Hom	Muj
I.1975						
Empleados	31.3	32.0	30.2	33.1	34.6	28.5
Obreros	33.9	50.0	11.3	32.6	39.0	13.5
Indepentes	10.5	10.9	10.0	29.4	25.1	42.3
TFNR	3.7	4.6	2.5	1.1	0.7	2.4
Domésticos	20.6	2.5	46.0	3.7	0.5	3.3
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
II. 1984						
Empleados	30.4	28.1	32.9	32.6	34.0	30.0
Obreros	27.9	43.2	10.8	26.2	34.1	11.9
Indepentes.	10.9	13.1	8.4	33.3	30.2	38.9
TFNR	9.7	12.9	6.3	2.3	0.7	5.2
Domésticos	21.1	2.7	41.6	5.5	0.8	13.9
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

III. Coeficiente V de Cramer	1975	1984
-Para ocupación y edad	0.33	0.34
-Para ocupación y sexo (entre jóvenes)	0.56	0.54
-Para ocupación y sexo (entre adultos)	0.38	0.38

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuesta de Hogares 1975, 1984.

Entre 1975 y 1984 se han producido dos cambios importantes. En primer lugar, la proporción de obreros disminuyó de un 34% a un 28% aproximadamente; caída que también se registró entre los adultos. Esto definitivamente pone en evidencia el fuerte impacto de las políticas económicas del período sobre el empleo industrial. En segundo lugar, los trabajadores familiares han aumentado de un escaso 3.7% a casi el 10%, porcentaje que era muy similar al registrado por los trabajadores independientes.

Cuando se desagrega las ocupaciones por género se observa lo siguiente. En primer lugar, el importante peso de los obreros entre los varones

(43.2%n 1984). En segundo lugar, la fuerte participaci6n de las trabajadoras del hogar entre las mujeres (41.6%, para el mismo año). Por este motivo, si se tratara de expresar en una frase la situación ocupacional de los jóvenes en 1984 se podría afirmar, sin exagerar demasiado, que la población juvenil masculina era básicamente obrera, mientras que la femenina era fundamentalmente doméstica (cuadro 12). Como se puede apreciar, entre los hombres el trabajo asalariado era definitivamente predominante. Entre las mujeres jóvenes también lo era. Pero en este caso, las asalariadas tenían una participación similar al de las trabajadoras del hogar. Debe destacarse, sin embargo, que el trabajo asalariado entre los hombres cae de manera importante entre 1975 y 1984 (11 puntos porcentuales), mientras que se incrementa el número de trabajadores familiares no remunerados.

Así como encontramos diferencias en los patrones ocupacionales de los jóvenes cuando se los desagrega de acuerdo al sexo al que pertenecen, de igual forma encontramos estructuras ocupacionales distintas entre nativos y migrantes. Cuarenta de cada 100 jóvenes nacidos en Lima Metropolitana se desempeñaban como empleados. En contraste, entre los migrantes un similar 40% declaraba emplearse como trabajadores del hogar. Asimismo, los nativos doblaban el porcentaje de migrantes en la categoría de trabajadores familiares.

Los únicos cambios importantes entre 1975 y 1984 se refieren al crecimiento de los independientes entre los nativos varones (del 6% al 15.3%), y a la disminución de las obreras entre las mujeres nativas (18.7% y 11.1%, respectivamente). Entre los migrantes, la diferencia más significativa es la reducción de la proporción de los obreros varones (del 50.6% al 40.9%).

En conclusión, mientras los hombres, nativos y migrantes tienen una estructura ocupacional relativamente similar, la de las mujeres es claramente distinta entre nativas y migrantes. En 1984, algo más del 55% de las jóvenes nativas se desempeñaban como empleadas, frente a un escaso 11% registrado entre las mujeres migrantes. En contraste, casi el 67% de las jóvenes migrantes trabajaban como domésticas frente a un 15% de las nativas. Entre 1975 y 1984, no parece haberse registrado una variación sustancial en esta situación (cuadro 13).

Consideremos, finalmente, la distribución de las categorías ocupacionales por ramas de actividad. Tal como ha sido señalado por algunos autores, existe una íntima vinculación entre las categorías de ocupación y las ramas de actividad económica (para un ejemplo de esta asociación en América Latina, puede consultarse Katzman 1986). Las cifras para Lima Metropolitana confirman plenamente esta aseveración (el coeficiente V de Cramer es igual a 0.6). Tal es el caso de los empleados quienes, por ejemplo, concentran casi la mitad de su población en la rama de los servicios, y otro casi 30% en el comercio, los que sumados arrojan un total de casi 80% ocupados en ramas típicamente terciarias. Los obreros, por otro lado, se distribuyen en algo más del 40% en el sector industrial, y un 34% en los servicios. El hecho de que alrededor de un tercio de la población obrera se encuentre ocupada en un sector como el de servicios dice mucho de la fuerte terciarización de la fuerza laboral popular de esta ciudad.

En relación a las otras ocupaciones, podemos decir que los trabajadores independientes, por ejemplo, se encontraban empleados en el sector comercio en casi un 60%, pero con un significativo 20% en el sector industrial (típicamente los

Cuadro 13
Lima Metropolitana. Clases populares según categoría de ocupación, condición migratoria y sexo, 1975-1984

	Jóvenes						Adultos	
	Nativos			Migrantes			Natv	Migr
	Tot	Hom	Muj	Tot	Hom	Muj	Tot	Tot
I.1975								
Empleado	44.9	38.1	57.8	21.6	26.8	15.6	48.2	27.1
Obrero	38.7	49.2	18.7	30.5	50.6	7.6	26.6	35.3
Independ.	5.9	6.0	5.7	13.8	15.1	12.2	22.3	32.2
TFNR	5.2	5.8	4.0	2.7	3.5	1.9	0.8	1.0
Doméstico	5.3	0.9	13.7	31.4	4.0	62.9	2.1	4.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
II.1984								
Empleado	39.4	28.0	56.2	18.8	28.8	11.1	46.6	25.6
Obrero	30.9	44.5	11.1	23.9	40.9	10.5	23.5	27.6
Independ.	10.6	11.0	9.9	11.3	16.8	6.9	24.7	37.6
TFNR	12.3	15.3	8.0	6.S	8.8	4.6	2.2	2.4
Doméstico	6.8	1.3	14.8	39.S	5.l	66.9	3.0	6.7
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

III. Coeficiente V de Cramer	1975	1984
para ocup. y cond. migr. (entre	0.38	0.42
para ocup. y cand. migr. (entre	0.20	0.22
para ocup. y sexo (entre jóvenes nativos)	0.38	0.46
para ocupo (entre jóvenes migrantes)	0.67	0.63

Fuente: Ministerio de Trabajo. DGE. Encuestas de Hogares 1975, 1984.

dedicados a talleres de pequeñas confecciones y los artesanos). Finalmente, los trabajadores familiares se concentraban básicamente en el comercio (40%), los servicios (26%) Y la industria (22%).

3. La duración de la jornada laboral

Cuando se analiza la distribución de la carga laboral entre los adultos y los jóvenes no se observan diferencias significativas: ambos grupos de edad tienden a trabajar el mismo promedio de horas a la semana, y por tanto la asociación entre horas de trabajo y edad es bastante débil (cuadro 14). En realidad, tanto jóvenes como adultos tienen jornadas extensas. Alrededor de

Cuadro 14
Lima Metropolitana. Clases populares según horas de trabajo a la semana, 1975-1984

Horas a la semana	1975		1984	
	Jóvenes	Adultos	Jóvenes	Adultos
1-9 hs	2.5	5.8	4.6	2.8
10-19	1.7	2.1	18.1	5.6
20-29	6.2	4.6	9.6	8.3
30-39	10.9	8.3	13.4	14.9
40-49	45.7	47.8	33.3	40.4
50-59	14.2	12.3	11.6	12.3
60-69	9.2	8.8	9.7	6.8
70-79	5.0	5.7	7.2	4.9
80-89	2.2	2.5	2.4	2.7
90- +	2.4	2.2	0.8	1.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0
Promed.	47.5	46.6	43.7	44.4
Desv. estándar	16.5	. 18.0	19.1	17.4
Coeficiente V. de Cramer		0.093	0.111	

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuestas de Hogares 1975, 1984.

un 30% declara trabajar 50 o más horas a la semana.[5]

No parecen haberse registrado cambios importantes en este aspecto entre 1975 y 1984, aunque se nota una ligera tendencia hacia la caída de los promedios en las horas trabajadas. Sin embargo, estas diferencias rozan los márgenes del error muestral y por tanto no se puede establecer ninguna conclusión definitiva al respecto.

Si no hay diferencias significativas en las horas trabajadas entre jóvenes y adultos a nivel

5. Un estudio dedicado a examinar la extensión de la jornada laboral en América Latina señalaba que en tres países (Argentina, Brasil y Perú), la jornada de trabajo era en promedio 10 horas más largas que en los países desarrollados (Galín 1986).

agregado, sí las hay, en cambio, cuando se analiza la distribución de la carga laboral de acuerdo al sexo. Entre los jóvenes, las mujeres trabajan, en promedio, más horas que los varones. Entre los adultos, contrariamente, eran los varones quienes trabajaban más horas. El hecho de que las mujeres jóvenes trabajen más se debe a que entre las primeras se concentra fuertemente, como ya se ha visto, el trabajo doméstico, ocupación que presenta jornadas particularmente extensas. Por esta misma razón, las mujeres jóvenes tienen cargas laborales superiores a la de las mujeres adultas, mientras que los varones jóvenes trabajan, en promedio, menos horas que los adultos de su mismo sexo. Así, mientras un 25% de los hombres jóvenes tenían jornadas de 50 o más horas semanales, entre las mujeres tal porcentaje era de casi 39%.

Junto con las diferencias que provienen de la condición de género, también se producen desigualdades en la distribución de la carga laboral en función de la condición migratoria. Los migrantes jóvenes tienen jornadas laborales más extensas: 49.2 horas, frente a las 39.3 horas registradas entre los nativos.

Cuando se analiza la proporción de jornadas superiores a las cincuenta horas semanales, se puede apreciar más claramente las profundas diferencias existentes entre nativos y migrantes. En 1984, un relativamente escaso 21.5% de los jóvenes nativos registraban jornadas superiores a las 50 horas semanales, frente a un importante 44% de los migrantes. Entre los adultos, en cambio, las diferencias no eran tan notorias: 20% y 32%, respectivamente.

En 1975 la asociación entre horas de trabajo y condición migratoria entre los jóvenes no era tan marcada como 9 años después (el V de Cramer era de apenas 0.2). En aquel año, los nativos se

encontraban relativamente cerca de los migrantes en el promedio de las horas trabajadas por semana (44.5 y 49.6 horas semanales, respectivamente). Sin embargo, para 1984, los nativos habían mostrado una reducción en sus promedios (que, como hemos visto, era de 39.3 horas semanales), mientras que los migrantes los mantuvieron. Es por esta razón que la brecha se agranda entre esos dos años.

El análisis de la distribución de la población juvenil por horas de trabajo de acuerdo al origen migratorio y al sexo nos confirma la sospecha que el sector sometido a las jornadas laborales más largas son las mujeres migrantes. Ellas trabajan, en promedio, 53.3 horas por semana, frente a las mujeres nativas que sólo 10 hacen 38.6 horas.

¿En alguna categoría ocupacional se trabaja, en particular, más horas que las demás? Si tratamos de responder esta pregunta considerando cada uno de los sexos separadamente, veremos que entre los varones son los obreros y los empleados quienes presentan las jornadas más largas. Entre las mujeres, en cambio, la categoría que muestra una larga y sin duda extrema concentración en las jornadas más extensas es la de las trabajadoras del hogar, cuya jornada laboral promedio era de 55.5 horas en 1984. Muy por detrás de las domésticas, se encuentran las obreras jóvenes (con un promedio de 43.6 horas semanales) (cuadro 15).

Consideremos, finalmente, la influencia que los niveles educativos tienen sobre las horas de trabajo. Definitivamente, la cantidad de horas trabajadas a la semana está en función del nivel educativo alcanzado. Los jóvenes, con promedios educativos más altos, tienden a trabajar un promedio de horas menor. El valor gamma para esta asociación es -0.4, lo que indica una asocia-

Cuadro 15

Lima Metropolitana. Clases populares según horas de trabajo a la semana por categoría ocupacional y sexo, 1984

Horas de trabajo	Empleado		Obrero		Independiente		TFNR		Doméstico	
	Hom	Muj	Hom	Muj	Hom	Muj	Hom	Muj	Hom	Muj
1 - 29	16.3	6.7	16.8	20.0	26.5	64.3	54.4	47.6	22.2	9.5
30 - 49	59.8	84.3	53.4	44.0	42.9	10.7	28.3	33.3	66.7	22.8
50 - 79	19.6	9.0	26.7	36.0	28.6	17.9	15.2	19.1	0.0	62.2
80 y +	4.4	0.0	3.1	0.0	2.0	7.1	2.2	0.0	11.1	5.5
Total	**100**	**100**	**100**	**100**	**100**	**100**	**100**	**100**	**100**	**100**
Promedio	42.6	40.1	43.6	43.6	41.2	31.8	31.1	32.6	39.7	55.5
Desv. est.	17.9	9.8	18.1	18.1	19.7	24.9	20.1	18.9	20.4	18.1

Coeficiente V de Cramer: 0.198 (Hombres); 0.435 (Mujeres).

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuesta de Hogares 1984.

ción moderadamente fuerte. El signo negativo muestra que la relación entre horas de trabajo y educación es inversamente proporcional, es decir, a más educación menos horas de trabajo. Por ejemplo, aquellos jóvenes sin instrucción trabajaban en promedio 56.2 horas semanales. En cambio, aquéllos que contaban con educación superior tenían jornadas laborales promedio de 36.1 horas semanales.

En resumen; los jóvenes trabajan a la semana un promedio de horas bastante similar al de los adultos. Dentro de los jóvenes, son las mujeres, los migrantes, los empleados del hogar, los obreros y los que carecen de toda educación o cuentan sólo con primaria son los que laboran las jornadas más largas a la semana.

Capítulo 5

JUVENTUD POPULAR E INGRESOS

En este capítulo queremos abordar el examen de las condiciones generales de ingresos de los jóvenes de las clases populares, y la manera como diversas variables sociales y demográficas influyen sobre éstos. En la medida en que la información disponible lo permita, se harán comparaciones entre 1975 y 1984.

En relación a este último aspecto queremos hacer una advertencia. La comparación de los ingresos juveniles de 1975 con los de 1984 es sumamente difícil de hacer en la medida que entre dichos años se operó un agudo proceso inflacionario que hace prácticamente inadecuado cualquier examen de los sueldos y salarios en términos de sus valores absolutos, o incluso apelando a ciertos instrumentos de la estadística descriptiva como los promedios y las medianas.

En tal sentido, y siguiendo el espíritu de una práctica establecida por el Ministerio de Trabajo, hemos optado por comparar los ingresos tomando como referencia los respectivos salarios mínimos en cada uno de los años mencionados, creando por lo tanto tres niveles generales de ingresos: a) aquéllos que perciben menos del salario mínimo (es decir, aproximadamente un 70-80% de este salario o menos), b) aquéllos que están alrededor del salario mínimo (con un mar-

gen de 30-20% por encima o por debajo), y, c) aquéllos que están por encima de dicho ingreso (es decir, perciben 20-30% más del mínimo).[6]

Aunque los intervalos de ingresos escogidos para cada año pueden ser motivos de crítica, y seguramente de mejora en futuros trabajos, ellos coinciden gruesamente con las distinciones hechas en torno al salario mínimo, y para los efectos de este análisis, que trata de analizar los ingresos entre 1975 y 1984, son apropiados.

1. Ingresos por edad y sexo

Un primer examen de los ingresos entre las clases populares nos indica que existen importantes diferencias en las remuneraciones entre jóvenes y adultos. Para 1984, por ejemplo, casi un 40% de los jóvenes recibían ingresos que estaban por debajo del salario mínimo vital (SMV), mientras que entre los adultos tal proporción era sólo de un 14% aproximadamente. Por contraste, menos del cincuenta por ciento de los jóvenes declaraba percibir remuneraciones que estaban por encima del SMV, mientras que entre los adultos tal situación alcanzaba a algo más de tres cuartos de su población. Es evidente así que la condición juvenil se encuentra identificada con los niveles más bajos de ingresos (cuadro 16).

Mientras los adultos han mantenido en general su distribución de ingresos en relación al mínimo, los jóvenes, en cambio, han sido testigos

6. Debe aclararse que el Ministerio de Trabajo utiliza como "salario mínimo" un salario indexado sobre la base del salario mínimo de enero de 1967. Aquí se sigue una metodología distinta y más simple. En lugar de usar el "salario indexado", usamos el salario mínimo vital (SMV) legal para cada uno de los años especificados.

Cuadro 16

Lima Metropolitana. Clases populares según ingresos en relación al salario mínimo vital (SMV), 1975-1984

	Jóvenes			Adultos		
	Tot	Hom	Muj	Tot	Hom	Muj
I. 1975						
Menos del SMV*	31.3	14.4	56.4	13.3	6.1	35.2
Alrededor del SMV	10.8	11.9	9.2	6.4	4.6	11.9
Más del SMV	57.9	73.6	34.4	80.3	89.3	52.9
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
II. 1984						
Menos del SMV*	38.7	24.8	55.5	13.6	4.7	30.7
Alrededor del SMV	14.4	16.5	11.8	&9	6.8	12.9
Más del SMV	46.9	5&7	32. 7	77.5	8&5	56.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

III. Coeficiente V de Cramer	1975	1984
para ingresos y edad	0.24	0.31
para ingresos y sexo (entre jóvenes)	0.45	0.32
para ingresos y sexo (entre adultos)	0.41	0.39

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuestas de Hogares 1975, 1984.

* Los intervalos de ingresos considerados en este y los siguientes cuadros son:

	1975 S/.	1984 S/.
Menos del SMV	0-2184	0-130667
Alrededor del SMV	2185-3276	130668-197000
Más del SMV	3277 y más	197000 y más

de un claro desmejoramiento en esta condición.[7] Así, los jóvenes pierden algo más de 10 puntos porcentuales entre 1975 y 1984 en el estrato de los que percibían remuneraciones superiores al mínimo, mientras que, por otro lado, ven incrementado su porcentaje en el intervalo de los que se encontraban por debajo de este ingreso en casi 7 puntos. Por esta razón la asociación entre edad e ingresos se refuerza entre ambos años, indicando que la probabilidad de predecir si una persona obtendrá un ingreso determinado, conociendo su edad, es mayor ahora que antes.

7. Verdera (1988: 6), utilizando un procedimiento distinto en su análisis del conjunto de los jóvenes de la PEA entre 1982 y 1984, llega a una conclusión similar.

Un hecho que debiéramos remarcar es que tanto para 1975 como para 1984 el porcentaje de jóvenes que se encuentra por encima del salario mínimo vital es bastante bajo.

Pero si los ingresos de los jóvenes son ya bastante reducidos en relación a los adultos, más bajas aún son las remuneraciones de las mujeres, sean éstas jóvenes o adultas. En 1984, por ejemplo, apenas un 25% de los jóvenes varones percibía ingresos inferiores al SMV mientras que en cambio su contraparte femenina estaba por encima del 50% en esta misma condición. Entre los adultos, un realmente escaso 5% de los hombres recibían ingresos por debajo del mínimo, frente a un 30% de las mujeres adultas. Cuando se comparan los porcentajes de los que se encuentran por encima de este salario, se observa también que consistentemente los hombres presentan porcentajes bastante superiores al de las mujeres (cuadro 16).

Tanto los adultos varones, como las mujeres jóvenes y adultas, han mantenido de manera relativamente invariable su estructura de ingresos en relación al mínimo entre 1975 y 1984. En cambio, son los varones jóvenes quienes han visto alterada su pirámide de ingresos en relación al mínimo, mostrando una clara tendencia hacia la caída (de 14.4% a casi el 25%, en el estrato de menores ingresos). En ninguno de los otros grupos poblacionales mostrados en el cuadro 16 se registra similar caída. Esto nos sugiere que el sector que ha "pagado" con más fuerza los efectos del ajuste económico registrado entre esos años ha sido el de los jóvenes varones. Lo anterior no deja de ser coherente si se considera que siendo los ingresos de las mujeres jóvenes tan bajos es tal vez más difícil comprimidos.

2. Los migrantes jóvenes: los más pobres

Si los jóvenes presentan ingresos inferiores al de los adultos, dentro de los jóvenes mismos son los migrantes quienes están en situación más desfavorecida. La mitad de ellos recibía ingresos inferiores al SMV. En contraste, más de la mitad de los jóvenes nativos percibía remuneraciones por encima del SMV (cuadro 17).

Entre los adultos, en cambio, esta asociación entre ingresos y condición migratoria casi no existía. Probablemente la mayor participación de obreros e independientes[8] entre los migrantes adultos hace que esta asociación sea bastante débil.

Cuadro 17

Lima Metropolitana. Clases populares según ingresos en relación al SMV, condición migratoria y sexo, 1975-1984

	Jóvenes						Adultos	
	Nativos			Migrantes			Nat	Migr
	Tot	Hom	Muj	Tot	Hom	Muj	Totales	
I.1975								
Menos SMV	18.0	14.2	25.9	40.8	14.6	12.5	9.3	14.7
A1redor. SMV	14.3	16.1	10.6	8.3	8.2	8.5	5.3	6.9
Mas SMV	67.7	69.7	63.6	50.8	77.1	19.0	85.4	78.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
II.1984								
Menos SMV	29.4	26.8	33.9	50.4	21.2	73.6	10.3	15.3
A1redor SMV	14.1	15.8	11.3	14.7	17.8	12.2	6.8	10.0
Más SMV	56.5	57.4	54.8	35.0	61.0	14.2	82.9	74.7
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

III. Coeficiente V de Cramer	1974	1985
-Para ingresos y cond. migratoria (entre jóvenes)	0.25	0.23
-Para ingresos y cond. migratoria (entre adultos)	0.08	0.09
-Para ingresos y sexo (entre jóvenes nativos)	0.15	0.09
-Para ingresos y sexo (entre jóvenes migrantes)	0.61	0.54

Fuente: Ministerio de Trabajo. DGE. Encuestas de Hogares 1975. 1984.

8. Cuyos ingresos son generalmente similares para nativos y migrantes.

Por esta razón, la variable más importante en la determinación de los promedios de ingresos es la edad y no la condición migratoria. Así, los migrantes adultos tienen una distribución de ingresos mejor a la de los nativos jóvenes: 15% de los primeros ganaba menos del mínimo en 1984, frente a un 30% registrado entre los jóvenes nativos.

Cuando se analiza, simultáneamente, la distribución de ingresos según origen geográfico y sexo entre los jóvenes, observamos que entre los nativos la diferencia entre hombres y mujeres es menor a la que se registra entre los migrantes. Es decir, los nativos presentan una mayor uniformidad en las remuneraciones de ambos sexos. Entre los migrantes jóvenes, las mujeres muestran una muy fuerte concentración en el tramo inferior de ingresos. Por mencionar sólo una cifra, en 1984 casi las tres cuartas partes de ellas ganaban menos que el salario mínimo, frente a un relativamente escaso 21% encontrado entre los migrantes varones.

Debido a esta fuerte caída, la asociación entre sexo e ingresos, que era relativamente fuerte en 1975, se atenúa un tanto en 1984, aunque siempre en el contexto de una asocación positivamente significativa.

Por lo tanto, los hombres jóvenes, tanto nativos como migrantes, muestran una relativa similitud en la estructura de sus ingresos, mientras que las mujeres nativas están muy cerca de ellos. En cambio, las migrantes jóvenes eran, de lejos, quienes tenían los ingresos más bajos

¿Qué cambios en la situación descrita se han presentado entre 1975 y 1984? En general, el único cambio notable ha sido el ya mencionado proceso de caída de los ingresos de los varones jóvenes, tanto nativos como migrantes, que ha sido ligeramente más fuerte del que se ha presentado

entre las mujeres. Por este motivo, se presenta lo que hemos calificado como una relativa homogeneización de los ingresos. Relativa porque, a pesar de la mayor caída de los ingresos masculinos juveniles, ellos siguen estando, en promedio y en relación a los ingresos medidos en torno al SMV, mejor que las mujeres y relativo también porque tal uniformización ha afectado sobre todo a los nativos. Por esta razón, aunque los estadísticos de asociación entre sexo e ingresos cayeron un tanto entre ambos años, ellos siguen mostrando que la relación entre sexo Y remuneración es casi inexistente entre nativos, mientras que es muy fuerte entre los migrantes.

En resumen, los nativos jóvenes presentan una mejor situación que los migrantes, pero esto se debe fundamentalmente al hecho de que las mujeres jóvenes migrantes muestran una particular situación de desventaja en este aspecto frente a los demás grupos juveniles.

3. Ingresos y educación

Uno de los mitos más difundidos en la cultura de nuestro país es el que relaciona la educación con el logro social. Así, generalmente se asume que un mayor nivel educativo aumenta las posibilidades de obtener un buen empleo y, por tanto, mayores ingresos. "Estudia y triunfarás" sigue siendo aún la máxima que los sectores populares siguen en búsqueda de una salida a sus difíciles condiciones de vida.[9] Pero, ¿cuánto hay de cierto en esta creencia? Veamos.

En 1984, los jóvenes que contaban con algún año de educación superior tenían mejores posi-

9. Degregori, Blondet y Lynch (1986: 249) relatan, por ejemplo, que la educación sigue siendo el canal preferido por los jóvenes de San Martín de Porres para alcanzar el éxito.

bilidades de percibir una remuneración superior al mínimo vital. En contraste, aquéllos que carecían de toda educación o sólo tenían algún año de educación primaria o habían culminado dicho nivel tenían mayores probabilidades de caer en el estrato de menores ingresos. De esta manera, no cabe duda que un nivel muy alto de educación, o uno muy bajo, va a determinar las probabilidades de percibir determinada remuneración. Así entonces, la asociación entre ingresos y educación es positiva y moderadamente fuerte (ver los coeficientes Tau B de Kendall en el cuadro 18). En tal sentido, las creencias se asientan sobre la evidencia.

Sin embargo, la relación arriba descrita no es lineal. Un 30% de los jóvenes que tenían algún año de educación superior o que habían incluso culminado tales estudios, percibía, en ese mismo año, remuneraciones que estaban alrededor o por debajo del salario mínimo.[10] Asimismo, la mitad de los que tenían secundaria incompleta o completa estaban en similar situación (cuadro 18). Para ellos, una mayor educación no había significado mejores remuneraciones.

Una constatación interesante que emerge, cuando se desagrega la información por sexo, es que la asociación inicialmente encontrada entre ingresos y educación prácticamente se desvanece entre los hombres, mientras que se incrementa sustancialmente entre las mujeres. Por ejemplo, en 1984, la proporción de varones con menor educación, que recibían salarios inferiores al mínimo, era similar al porcentaje encontrado entre los que tenían una educación intermedia.

10. Debe considerarse que aquí se incluye a institutos de educación superior no universitaria, que generalmente atraen a un número no determinado de trabajadoras del hogar, por lo que este promedio de ingresos tiende a bajar. Agradezco a Francisco Verdera esta observación.

Cuadro 18
Lima Metropolitana. Jóvenes de las clases populares según ingresos y nivel educativo, 1975-1984

	S. ins y primaria			Secundaria			Superior		
I. 1975	Tot	Hom	Muj	Tot	Hom	Muj	Tot	Hom	Muj
Menos SMV	53.4	19.2	92.7	21.0	13.0	36.5	7.7	10.2	0.0
A1dor. SMV	8.1	11.1	6.1	12.3	12.4	12.0	11.2	10.3	14.1
Más SMV	38.5	69.6	1.2	66.7	74.6	51.4	81.1	795	85.9
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
II. 1984									
Menos SMV	69.8	23.1	87.1	35.3	26.1	49.1	16.4	17.5	14.8
Aldor. SMV	10.4	19.2	7.1	15.4	16.9	13.1	13.4	12.5	14.8
Más SMV	19.8	57.7	5.7	49.3	57.1	37.7	70.1	70.0	70.4
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

III. Coeficiente Tau-B de Kendall	1975	1984
para ingresos y educación (total)	0.363	0.412
para ingresos y educación (hombres)	0.091	0.086
para ingresos y educación (mujeres)	0.697	0.548

Puente: Ministerio de Trabajo, DGE. Encuestas de Hogares 1975,1984.

Entre las mujeres, en cambio, la asociación entre educación e ingresos era bastante fuerte. En 1984, por citar una cifra, más del 85% de las que se encontraban en el nivel educativo más bajo, se concentraba también en el nivel de ingresos más bajo. Contrariamente, el 70% de las que tenían algún año de educación superior, o que habían culminado tales estudios, percibían remuneraciones por encima del mínimo.

En síntesis, la información disponible sugiere que existe una relación positiva entre educación e ingresos: mayor educación, mayores son las posibilidades de obtener una remuneración por encima del salario mínimo. Sin embargo, la naturaleza de esta asociación no es muy fuerte. Asimismo, hemos constatado que la asociación entre ingresos y educación es casi nula entre los varones jóvenes, mientras que es muy fuerte entre las mujeres, aunque esta última influencia ha caído un tanto entre 1975 y 1984.

La conclusión de esta parte del análisis es que entre aquéllos que perciben los ingresos más bajos, típicamente las mujeres jóvenes, la influencia de la educación como variable discriminatoria parece ser bastante mayor que entre aquéllos que perciben mejores remuneraciones. Para decirlo en una frase, cuanto menores Son los ingresos, mayores son las probabilidades de que la educación actúe como variable discriminatoria (en el sentido estadístico de la palabra).

Capítulo 6

JUVENTUD POPULAR E INESTABILIDAD LABORAL

Este penúltimo capítulo estará destinado a examinar las condiciones de inestabilidad en el empleo presente entre los jóvenes asalariados de las clases populares. Nuestra intención es mostrar en qué grado ellos se encuentran afectados particularmente por la inestabilidad laboral; es decir, si lo están en una proporción mayor que la de los adultos. Asimismo, queremos averiguar quiénes, dentro de la población juvenil asalariada popular, están más propensos a establecer un vínculo laboral caracterizado por la eventualidad.

En las siguiente líneas se examinará, sucesivamente, la condición de estabilidad por variables demográficas (edad, sexo, condición migratoria y educación), y por ramas de actividad, categorías de ocupación y el tamaño de la empresa. La primera parte, sin embargo, estará dedicada a explicar brevemente la manera como la variable de estabilidad en el empleo ha sido construida.

1. Inestabilidad laboral: construyendo la variable

A pesar de la evidente difusión de la inestabilidad laboral en Lima Metropolitana, el concepto en sí mismo necesita ser construido. No puede

incorporarse dentro de este concepto, por ejemplo, a quienes por la propia naturaleza de su trabajo están sometidos a una permanente inestabilidad (como los deportistas, artistas o personas reemplazantes), o a aquéllos que por su ocupación carecen de empleador (como los independientes), o están sometidos a un peculiar tipo de dependencia laboral (como los empleados domésticos). Tampoco, por otro lado, es suficiente que una persona piense que es estable o eventual, para que automáticamente se la clasifique como tal.

Por esta razón, hemos creído conveniente construir la variable de estabilidad en el empleo tomando en consideración cuatro elementos, que describimos a continuación.[11] Se ha creído conveniente considerar a una persona como eventual cuando declaraba que no tenía estabilidad laboral o había firmado su renuncia adelantada o al cobrar no firmaba planilla o trabajaba en una empresa al servicio de otra empresa. En cambio, hemos calificado como estable a una persona cuando declaraba que gozaba de estabilidad laboral o no había firmado su renuncia por

11. En 1984, el Instituto de Estudios Peruanos firmó un convenio con el Ministerio de Trabajo, para incluir en la Encuesta de Hogares correspondiente a ese año, un conjunto de preguntas que, considerábamos, eran importantes para realizar un adecuado estudio de los sectores populares de Lima. Dentro de esas preguntas, hubo aspectos referidos a la condición migratoria, los ingresos y el empleo secundario, así como otras relacionadas con la estabilidad en el empleo. La batería específica de preguntas que trataban de medir la inestabilidad laboral fueron preparadas por Pedro Galín. Del conjunto de preguntas diseñadas hemos seleccionado las siguientes cuatro:

A. ¿Goza de estabilidad laboral? (I=Sí; 2=No)
B. ¿Ha firmado su renuncia adelantada? (1 = Sí; 2 = No)
C. ¿Al cobrar firma planilla? (1 = Sí; 2 = No)
D. ¿Trabaja para una empresa al servicio de otras empresas? (1 =Sí; 2= No).

adelantado o al cobrar firmaba planilla o no trabajaba en una empresa al servicio de otras empresas.

Si a cada una de las preguntas arriba descritas se le asigna una letra (de A a E) y a cada una de las posibles respuestas un número (por ejemplo, A = 1 para aquéllos que dicen que sí tienen estabilidad; y A = 2 para aquéllos que dicen que no tienen), la formalización lógica de nuestra variable sería la siguiente:

Si (A = 2 o B = l o C = 2 o D = l) ----- > eventual
Si (A = 1 o B = 2 o C = l o D= 2) ----- >estable

Una vez resuelto el problema de la operacionalidad del concepto de eventualidad, podemos pasar a discutir este aspecto entre los jóvenes de las clases populares. Pero antes de analizar la variable, así creada, sería conveniente examinar brevemente cómo se diferencian los jóvenes de los adultos en relación a las preguntas arriba mencionadas.

En el cuadro 19 puede observarse cómo los jóvenes se encuentran sometidos en mayor grado a un tipo de relación laboral caracterizada por la inestabilidad. Así por ejemplo, mientras un 75% de los jóvenes declaraba no poseer estabilidad en el empleo, sólo un 38% de los adultos hacía lo mismo. De la misma manera, mientras el 56.8% de los jóvenes firmaba planilla al cobrar, entre los adultos tal situación alcanzaba a casi el 76% de esta población. En ambos casos citados, los estadísticos de asociación arrojaban valores significativos. Como muy bien lo señala Ramos (1986: 76), siendo los jóvenes aquéllos que se incorporan recientemente al mercado laboral, son ellos los que terminan sufriendo las consecuencias de la ley de estabilidad laboral, que en 1984 exigía tres años de trabajo ininterrumpido en una misma empresa, para devenir definitivamente estables.

Cuadro 19

Lima Metropolitana. Jóvenes y adultos de las clases populares según diversas variables relacionadas con estabilidad laboral, 1984

	Jóvenes		Adultos		
	Sí	No	Sí	No	V*
¿Goza de estabilidad laboral?	20.6	75.4	59.7	37.8	0.26
¿Ha firmado su renuncia adelantada	6.3	93.8	3.1	96.9	0.08
¿Al cobrar firma planilla?	56.8	43.2	75.9	24.1	0.21
¿Trabaja p/emp. al servicio de otra?	4.5	95.5	3.9	96.1	0.02

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuesta de Hogares 1984.
*Coeficiente V. de Cramer.

Así entonces, los jóvenes se encuentran más propensos a encontrarse en una situación de inestabilidad relativa laboral que los adultos. Examinemos más en detalle estos aspectos.

2. La eventualidad entre los jóvenes populares

Los jóvenes muestran, definitivamente, un mayor porcentaje de su población sometida a la eventualidad laboral que la de los adultos: el 76% de los jóvenes eran eventuales, mientras que los adultos lo eran en sólo un 35% (cuadro 20). Estas cifras confirman entonces la fuerte asociación existente entre la edad y la eventualidad laboral: 3 de cada 4 jóvenes eran inestables en 1984. Por supuesto, para una correcta apreciación de estos porcentajes, debe considerarse que de acuerdo al DL 22126 de Estabilidad Laboral, vigente en 1984, se era estable después de tres años continuos en una empresa. Naturalmente, ello afectaba en especial a los jóvenes.

Dentro de los jóvenes, los hombres están más propensos a la inestabilidad laboral que las mujeres. Así por ejemplo, e180% de los trabajadores jóvenes era eventual, frente a un 68% regis-

Cuadro 20
Lima Metropolitana. Porcentaje de eventualidad en las clases populares según variables demográficas, 1984

	% de eventuales	
	Jóvene	Adultos
Total	76.0	34.6
-hombres	81.0	34.2
-mujeres	67.5	35.3
Nativos	72.5	37.3
-nativos hombres	78.9	37.7
-nativas mujeres	62.4	36.6
Migrantes	83.3	32.7
-migrantes hombres	83.2	32.5
-migrantes mujeres	83.3	32.5

Coeficiente de asociación	Phi	Tau B
Para eventualidad y edad	0.38	0.38
Para eventualidad y sexo		
entre total jóvenes	0.14	0.14
entre jóvenes nativos	0.18	0.18
entre jóvenes migrantes	0.0	0.0
entre total adultos	0.01	-0.01
entre adultos nativos	0.01	0.01
entre adultos migrantes	0.01	-0.01
Para eventualidad y condición migratoria		
entre jóvenes	0.12	-0.12
entre adultos	0.05	0.04

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuesta de Hogares 1984.

trado entre las mujeres. Aunque estas diferencias son muy débiles, tal como se puede apreciar en los valores de los coeficientes de asociación, no deja de ser significativo el encontrar que en este aspecto las mujeres jóvenes muestran una situación más ventajosa que la de los hombres. Como se verá más adelante, la explicación de este fenómeno proviene del hecho de que los hombres se emplean, en mayor proporción, como

obreros, ocupación en la cual se concentran los mayores niveles de eventualidad.

Es interesante notar que, mientras entre los jóvenes las diferencias entre hombres y mujeres respecto a la eventualidad son dignas de notarse aunque no sean muy profundas, entre los adultos, en cambio, las diferencias son prácticamente inexistentes.

Eventualidad y condición migratoria

Ahora bien, ¿existe alguna diferencia entre nativos y migrantes en relación a la eventualidad? En el mismo cuadro 20 puede apreciarse que mientras los nativos jóvenes presentan un porcentaje de eventualidad de 72.5%, los migrantes en cambio tienen 83.3%. Aunque la asociación entre condición migratoria e inestabilidad es ciertamente positiva, ella es bastante débil, tal como la presentada anteriormente entre el sexo y la eventualidad. Entre los adultos, por otro lado, la asociación entre eventualidad y condición migratoria era prácticamente irrelevante.

Cuando se toman combinadamente el origen migratorio y el sexo, se observa un curioso fenómeno entre los jóvenes. Entre los nativos jóvenes, los hombres tienen mayores niveles de eventualidad que las mujeres: 79% y 62%, respectivamente. Una asociación que es débil pero indicativa de una tendencia real, como se puede ver en los valores de los coeficientes. En cambio, entre los migrantes jóvenes, los porcentajes de eventualidad en ambos sexos son similares.

La menor eventualidad entre las mujeres se explica por el hecho de que las jóvenes nativas se ocupan mayormente como empleadas. Como resultado, la probabilidad de que ellas sean eventuales es menor. Entre los migrantes, en cambio, tal diferencia no se observa puesto que el por-

centaje de empleados entre las mujeres es menor al presentado entre los varones.

Eventualidad y educación alcanzada

Veamos ahora la influencia que el nivel educativo tiene en la determinación de los niveles de eventualidad laboral juvenil. En general, aquéllos que cuentan con educación superior tienden a presentar menor inestabilidad laboral. Sin embargo, la asociación es muy débil como para extraer una conclusión definitiva al respecto. Así por ejemplo, casi un 70% de los jóvenes que tenían educación superior incompleta o completa eran inestables, situación que no era muy distinta a la que se podría encontrar entre aquéllos que poseían menores niveles educativos (cuadro 21).

Eventualidad y categorías ocupacionales

Como se ha mencionado, cuando se analiza la eventualidad según categorías ocupacionales se nota que los obreros tienen una mayor proporción de eventuales que los empleados. Por ejemplo, el 86% de los jóvenes obreros son eventuales, en contraste con el 64% presentado entre los empleados (cuadro 22). Como se deduce de los valores de los coeficientes de asociación, tal relación es definitivamente significativa (los valores negativos indican que la eventualidad está más difundida entre los obreros que entre los empleados).

Queremos resaltar el hecho de que 8.6 de cada 10 obreros jóvenes eran eventuales. Esta cifra por sí sola es bastante indicativa de las condiciones de trabajo de este segmento de las clases populares.

Entre los adultos, dicho sea de paso, también

Cuadro 21
Lima Metropolitana. Jóvenes y adultos de las clases populares según estabilidad en el empleo por nivel educativo, 1984

	Jóvenes			Adultos		
	SI-Prim	Secun	Super	Sl-Prim	Secun	Super
Eventual	84.2	76.9	68.1	39.0	34.4	29.2
Estable	15.8	23.1	31.9	61.0	65.6	70.8
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
-Tau C de Kendall			0.06	0.06		
-Garnma			0.23	0.12		

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuesta de Hogares 1984.

Cuadro 22
Lima Metropolitana. Clases populares según condición de estabilidad en el empleo por categorías de ocupación, 1984

	Jóvenes		Adultos	
	Empleado	Obrero	Empleado	Obrero
Eventual	64.0	86.2	26.0	415
Estables	36.0	13.8	74.0	58.5
Total	100.0	100.0	100.0	100.0
-Coef. Phi		0.26	0.16	
-Tau B de Kendall		-0.26	-0.16	
-Garnma		-0.56	-0.34	

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuesta de Hogares 1984

los obreros tenían mayores porcentajes de eventualidad que los empleados. Pero en este caso, las proporciones estaban bastante por debajo de las encontradas entre los jóvenes (41.5% y 25.9%, respectivamente).

Eventualidad y tamaño de la empresa

Finalmente, cuando se analiza la distribución de la eventualidad juvenil según tamaño de empresas, puede observarse que los jóvenes empleados en las empresas más pequeñas muestran los niveles más altos de eventualidad: 84% de los empleados en las empresas más chicas (de 5 y menos trabajadores) eran eventuales. En cambio, un 62% de los ocupados en las empresas más grandes eran eventuales (cuadro 23).

Como se aprecia claramente, una manera de comprobar que son los jóvenes quienes han sido afectados en mayor proporción por los efectos de la ley de estabilidad laboral, que en 1984 requería tres años de trabajo continuo, puede encontrarse en el hecho de que también en las empresas más grandes, la eventualidad juvenil es bastante alta.

Cuadro 23
Lima Metropolitana. Clases populares por condición de estabilidad en el empleo según tamaño de la empresa, 1984

	Jóvenes				Adultos			
	1-5	6-20	21·50	50+	1-5	6-20	21-50	50+
Eventual	84.0	74.7	53.6	62.3	60.7	47.4	25.7	16.1
Estable	16.0	25.3	46.4	37.7	39.3	52.6	74.3	83.9
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
-Tau C de Kendall			0.21		0.39			
-Gamma			0.36		0.58			

Fuente: Ministerio de Trabajo, DGE, Encuesta de Hogares 1984.

En síntesis, los datos muestran que de las variables demográficas, la más relevante para entender la eventualidad entre los jóvenes es la edad, en la medida que ni la condición migratoria, ni el sexo al que se pertenece, ni los niveles educativos parecen estar tan asociados con los niveles de eventualidad como lo está el hecho de ser joven o adulto. Esta influencia de la edad se ve reforzada por el hecho de que son los jóvenes quienes tienden a sufrir los efectos más inmediatos de la ley de estabilidad, puesto que son los que se han incorporado más recientemente al mercado de trabajo.

En relación a las variables laborales, la información sugiere que las más importantes en relación con la inestabilidad en el empleo están dadas por la categoría ocupacional y el tamaño de la empresa. Es decir, los jóvenes obreros así como los que trabajan en las empresas más pequeñas son más propensos a ser eventuales.

Capítulo 7

SUMARIO Y CONCLUSIONES

En este último capítulo sistematizaremos los hallazgos más significativos relacionados con la situación ocupacional de los jóvenes trabajadores de las clases populares de Lima, así como los cambios más importantes registrados entre 1975y 1984.

Nuestro estudio empezó discutiendo la importancia numérica de los jóvenes dentro de las clases populares de Lima. Se ha mostrado que ellos representan el 30% de esta población. Asimismo, se ha comprobado que si se desagrega las clases populares de acuerdo a cada uno de los sexos, se encuentra que los jóvenes presentan una proporción más alta entre las mujeres que entre los hombres: 40% y 25%, respectivamente. Se ha sugerido que tal diferencia se explica porque los varones permanecen más tiempo en el sistema educativo, mientras que las mujeres, de 20 a 24 años, trabajan en mayor proporción que los varones de la misma edad.

Por otro lado, cuando se ha examinado el peso de los jóvenes entre nativos y migrantes populares, se ha encontrado que tienen una mayor importancia numérica entre los primeros: 43% de los nativos son jóvenes; mientras sólo el 23% de los migrantes tienen esa misma edad.

Asimismo, se ha descubierto que, dentro de

los jóvenes populares, los nativos constituyen también la mayoría, lo que constituye un cambio en relación a 1975. Es lógico suponer que la gran mayoría de estos jóvenes nativos son hijos de migrantes. Es interesante comprobar que el peso de los nativos entre los jóvenes, cambia cuando se desagrega su población de acuerdo al sexo al que pertenecen. Así, mientras casi dos tercios de la población juvenil masculina popular son nativos, apenas llegan a ser el 50% entre las mujeres. Es decir, el proceso de "limeñización" de los jóvenes populares ha sido mucho más acentuado entre los hombres que entre las mujeres.

En relación a la evolución de los niveles educativos, se ha visto que dentro de un contexto general de expansión educativa, presentado en las clases populares, sus elementos más jóvenes han sido quienes han aumentado con mayor fuerza sus niveles educativos. En 1975, algo más de un tercio de los jóvenes había llegado a culminar apenas sus estudios primarios. En 1984, esa cifra se reduce al 14%. Paralelamente, mientras en el primero de los años mencionados apenas un 26.5% de los jóvenes había culminado la secundaria, en 1984 tal porcentaje salta al 45.1 %.

En comparación con los adultos, los jóvenes presentan una mayor homogeneidad educativa, puesto que tienen una distribución unimodal concentrada en torno a la secundaria. Los adultos, por contraste, presentan una distribución bimodal, con un tercio de su población en los niveles educativos más bajos y otro tercio con secundaria completa. Se ha remarcado, no obstante, que esta uniformización es fundamentalmente "cuantitativa", ya que no mide las diferencias cualitativas (por ejemplo, calidad de la instrucción recibida) aún existentes.

Cuando se desagrega el universo juvenil popular, de acuerdo a criterios como el sexo y la

condición migratoria, se observa importantes diferencias. Por ejemplo, los hombres tienen mejores niveles educativos que las mujeres. Pero uno de nuestros principales descubrimientos es que entre 1975 y 1984 se ha operado un proceso de igualación de estos niveles. Entre los adultos, en cambio, las diferencias se han agrandado.

En lo que se refiere a las diferencias educativas que provienen de la condición migratoria, los datos muestran que los nativos tienen logros educativos más altos que los migrantes. Tal situación no parece haber sido sustancialmente alterada entre 1975 y 1984. Al respecto, se constata que las diferencias educativas entre hombres y mujeres son mucho más acentuadas entre los migrantes que entre los nativos. Aquí se nota un cambio en relación a 1975, año en el cual las diferencias eran muy similares tanto entre nativos como entre migrantes. Este proceso de igualación de los niveles educativos, entre los jóvenes nativos, se ha debido a la fuerte elevación de los niveles educativos de las mujeres jóvenes nativas. Las migrantes, en cambio, han permanecido aún muy rezagadas en este proceso.

Luego de haber examinado la condición educativa de los jóvenes de las clases populares, hemos dirigido nuestra atención a los aspectos ligados al empleo.

En este sentido, se ha dicho que los jóvenes tienen mayores niveles de desempleo y subempleo que los adultos populares. En 1984, sólo un 7.2% de los adultos populares se encontraba desempleado, frente al casi 20% registrado entre los jóvenes populares. Ahora bien, hemos encontrado que mientras las tasas de desempleo son bastante similares entre los jóvenes populares, independientemente del sexo al que pertenecen, en cambio las tasas de subempleo son bastante distintas entre hombres y mujeres. La diferencia se

explicaba por la fuerte concentración juvenil femenina en el nivel de subempleo agudo por ingresos.

En términos de la influencia que la condición migratoria tiene sobre los niveles de empleo, los datos agregados indican que el distinto lugar de nacimiento de los jóvenes no determina de manera decisiva tales niveles. Sin embargo, cuando se desagrega por sexo, se observa que las diferencias entre hombres y mujeres en las tasas de empleo son mucho más acentuadas entre los migrantes que entre los nativos. Es decir, los jóvenes nativos tienden a presentar un comportamiento más homogéneo en los niveles de empleo, que los migrantes. En este caso, como en el anterior, la fuente de las diferencias proviene de la casi total identificación de las mujeres jóvenes migrantes con el trabajo doméstico.

De otro lado, y en relación al impacto de los niveles de educación sobre las tasas de empleo, el análisis realizado muestra que no influye decisivamente. Hemos visto que aunque aquellos jóvenes que presentan los niveles educativos más altos tienden a tener las mayores tasas de empleo adecuado son, a la vez, los que presentan las mayores tasas de desempleo. Esto indica la existencia de una potencialmente explosiva situación entre los jóvenes, puesto que aquéllos que tienen los niveles educativos más altos tienen una distribución bimodal, concentrándose en ambos extremos de la escala de empleo.

De esta manera, el análisis indica que la edad aparece como la variable con mayor poder de predicción sobre los niveles de empleo. La única excepción se presenta entre las mujeres migrantes jóvenes con menores promedios educativos, entre quienes el efecto que tiene la edad sobre la determinación del empleo es relativamente débil. En su caso, es el género al que pertenecen

–altamente asociado, a su vez, con el empleo de trabajadoras del hogar– el que influye más en su condición de empleo.

En lo que se refiere a los aspectos más estrictamente ocupacionales, nuestra investigación ha descubierto lo siguiente:

En primer lugar, se ha encontrado que los jóvenes presentan una inserción en las ramas económicas, relativamente similar a la de los adultos, con dos importantes excepciones. Primera, los jóvenes tienen una menor participación en los servicios y, en segundo lugar, tienen una mayor concentración en la de hogares. No parece que entre 1975 y 1984 se hubieran producido cambios significativos en este patrón. Así, una mirada general a la distribución del empleo popular por ramas, nos muestra que tanto jóvenes como adultos presentan una notable "terciarización" de su fuerza laboral, con más del 60% de ellas empleada en ramas que no son directamente productivas.

En segundo lugar, los jóvenes presentan una mayor proporción de su población en las categorías de empleados, obreros y domésticos, mientras que tienen mayores dificultades para establecerse como independientes. Entre 1975 y 1984 se ha observado, por otro lado, que el peso de los obreros entre los jóvenes ha disminuido. Cuando se ha desagregado a los jóvenes según el sexo al que pertenecen, se ha constatado también la existencia de dos esquemas ocupacionales distintos. Los varones son en su mayoría obreros (aunque disminuyen entre 1975 y 1984), mientras que las mujeres son básicamente domésticas (que aumenta entre los años antes mencionados). En ambos casos, el porcentaje de la ocupación mayoritaria bordeaba el 43%.

En tercer lugar, ¿trabajan los jóvenes más horas a la semana que los adultos? Los datos mos-

trados en el capítulo correspondiente sugieren una respuesta negativa. En cambio, sí se verifican diferencias importantes en la duración de la jornada laboral entre hombres y mujeres jóvenes, nativos y migrantes, y los que cuentan con poca o ninguna educación frente a los que tienen niveles educativos más altos. De esta manera, dentro de un contexto general de jornadas extensas entre los adultos y los jóvenes (43.7 y 44.4 horas semanales promedio, respectivamente son las mujeres, los migrantes, los domésticos y los que carecen de instrucción o cuentan con sólo primaria, los que presentan las jornadas más extensas.

En cuarto lugar, una parte muy importante de nuestro análisis de la condición juvenil ha sido dedicada al examen de sus ingresos. En relación a este aspecto, los datos disponibles permiten concluir que los jóvenes son los que se concentran en el estrato de menores ingresos. Dentro de ellos, las mujeres son las que se encuentran en una situación más desfavorable. Por otro lado, hemos visto que entre 1975 y 1984 se ha registrado una drástica caída de los ingresos juveniles, aumentando la proporción de los que se encuentran por debajo del SMV. Esta caída ha afectado en especial a los varones jóvenes, quienes han perdido más ingresos que su contraparte femenina, lo que se explica, hemos sugerido, por los ya muy bajos niveles de ingreso de las mujeres jóvenes, que hace bastante difícil una mayor reducción de ellos.

En términos de los efectos que el origen migratorio tiene sobre los ingresos juveniles, hemos comprobado que los nativos presentan una situación más favorable que los migrantes, lo que se basa sobre todo en la muy especial situación de desventaja de las mujeres jóvenes migrantes, quienes en un 74% estaban por debajo del SMV.

Por este motivo, el proceso de relativa homogeneización de los ingresos juveniles, registrado entre 1975 y 1984, y que se basa como hemos dicho en la relativamente mayor caída de los ingresos masculinos juveniles, no ha significado que las mujeres jóvenes migrantes muestren una situación de relativa igualdad con los otros segmentos juveniles: ellas siguen estando en la base de la pirámide de ingresos.

Finalmente, hemos abordado también el problema de la eventualidad laboral entre los jóvenes. Nuestro análisis ha arrojado que los jóvenes muestran los mayores niveles de eventualidad en el empleo. Para todos aquéllos en los que la aplicación de esta variable es pertinente, es decir los asalariados, se encuentra que 3 de cada 4 jóvenes se caracterizan por ser eventuales, mientras que entre los adultos la proporción es de 3.5 entre cada 10. Dentro de los jóvenes, los hombres tenían mayores niveles de eventualidad que las mujeres, y los migrantes más que los nativos. Se ha explicado que aparentemente los jóvenes son quienes más han sufrido el impacto de la ley de estabilidad laboral vigente en 1984, en la medida que ellos son los que se incorporan más recientemente a las empresas. En ese año, esa ley exigía tres años de trabajo ininterrumpido para poder ser considerado trabajador estable.

¿Qué conclusiones generales podemos extraer de todo lo anteriormente dicho? En primer lugar, si se trata de comparar a los jóvenes con los adultos en la serie de variables que hemos examinado a lo largo de esta tercera parte, hay que realizar una distinción entre la educación, por un lado, y las variables ocupacionales, por otro lado. En términos educativos, los jóvenes claramente superan a los adultos, no sólo en lo que se refiere a los niveles alcanzados sino, lo que es a nuestro entender más importante, en

relación a la homogeneidad de tales niveles. Sin embargo, esta preponderancia educativa no se ha traducido en tangibles mejoras en la condición ocupacional juvenil. Teniendo mayores promedios educativos, los jóvenes en su conjunto presentan mayor desempleo, mayor subempleo, menores ingresos. Asimismo, a pesar de sus calificaciones educativas, gran parte de estos jóvenes deben resignarse a emplearse como trabajadores familiares no remunerados, como domésticos, en el mejor de los casos como obreros. Lo que es más dramático aún, a pesar de todo el esfuerzo educativo realizado, ellos concentran en su población los más altos porcentajes de eventualidad laboral.

Por este motivo, las ganancias educativas no se han traducido en ganancias ocupacionales, y aun el estigma de ser joven es la variable que mayor poder predictivo tiene sobre aspectos tan diversos como los niveles de empleo, los ingresos, las ocupaciones y la estabilidad en el trabajo.

El que los jóvenes presenten una situación laboral más desfavorable que la de los adultos es una constatación casi universal. En la 1l1ayoría de las sociedades, la antigüedad en el empleo y una mayor calificación –condiciones asociadas con una mayor edad– constituyen los elementos más influyentes en la mejora de la condición laboral. En segundo lugar, la condición juvenil popular no es homogénea. Hemos visto que en una serie de situaciones las mujeres y los migrantes, y muy en especial las mujeres migrantes, muestran la posición más desfavorecida dentro de los jóvenes populares. Ellos en muchos casos están rezagados en los niveles educativos, y son los que tienen los mayores niveles de desempleo, subempleo, los menores ingresos, y cuyas únicas alternativas de ocupación parecen ser el empleo doméstico y el trabajo familiar.

Lo anterior nos muestra con claridad que en la Lima de 1984, y muy probablemente aún en la Lima de 1990, factores como el sexo al que se pertenece o el lugar en dónde se ha nacido siguen constituyéndose en factores de diferenciación social, y no sólo entre los adultos, sino también entre los jóvenes.

Finalmente, hemos visto que las condiciones juveniles entre 1975 y 1984 han variado de manera importante. Sus niveles educativos se han incrementado sustancialmente, lo que ha producido una suerte de homogeneidad juvenil en este aspecto. Pero, mientras incrementaban sus niveles de educación formal, han visto desmejorar sus condiciones laborales, medidas en términos de niveles de empleo e ingresos. En 1984, los jóvenes estaban más desempleados y peor remunerados, que en 1975. Más aún, la brecha con los adultos no sólo se ha mantenido, sino que ha empeorado. Este desmejoramiento general ha producido efectos variables sobre la población juvenil. En algunos casos ha tendido a igualar las condiciones de vida, por ejemplo en sus ingresos, pero en otros ha agudizado las diferencias, por ejemplo, en las mujeres migrantes jóvenes.

¿Cuál es el perfil del joven popular que emerge? Un intento de construir tal perfil debe necesariamente considerar las características comunes o mayoritarias haciendo abstracción de algunas de las diferencias ya mencionadas. El joven popular de Lima es básicamente un nativo de esta ciudad y muestra un nivel educativo concentrado en tomo a la secundaria. Presenta un importante porcentaje de su población desempleada o subempleada, y con ingresos que se encuentran por debajo del salario mínimo vital. Se emplea básicamente en las ramas de servicios como empleado, obrero y doméstico, y trabaja jornadas que en promedio superan las 40 horas

semanales, y está mayoritariamente ocupado en empresas de 5 y menos trabajadores. Finalmente, el joven popular es un eventual.

¿Es esta dura realidad juvenil un inevitable momento en la vida de todo miembro de las clases populares de esta ciudad? ¿Seguirán los jóvenes aceptando estas condiciones de vida con la esperanza de que su paso a la vida adulta le depare mejores oportunidades? ¿Es que acaso habrán mejores perspectivas con el paso de los años? Nuestra mayor frustración es que un estudio de esta naturaleza no puede intentar responder estas preguntas, y sin embargo en ellas reside buena parte del futuro inmediato de nuestro país.

Anexo

DEFINICION DE LOS ESTADISTICOS DE ASOCIACIÓN USADOS

Este anexo ha sido preparado a partir de los siguientes textos: Buchanan 1974; Johnson y Joslyn 1986; Kachigan 1986; Mendenhall *et al.* 1974; Mueller *et al.* 1970; y Palumbo 1977.

Para poder entender adecuadamente el significado y el por qué del uso de los estadísticos de asociación, usados en este libro, es necesario comprender primero el concepto de nivel de medición y sus diferentes tipos. La clase de información que puede ser extraída de los datos depende de cuán bien han sido medidas las variables estudiadas. Las mediciones no sólo tienen que ser correctas, sino también precisas. El nivel de medición se refiere al tipo o nivel de precisión alcanzado en la medición de las variables. Cuanto más alto el nivel de medición alcanzado, mayor es nuestra confianza en lo certero de nuestras aseveraciones. Existen cuatro niveles de medición, que van del menos preciso al más preciso. Ellos son: nominal, ordinal, interval y de ratio o proporción. Aquí definiremos sólo los dos primeros, ya que son los niveles usados a lo largo de nuestro trabajo.

1. *Nivel de medición nominal.* Muchos objetos o variables tienen características que sólo difieren por ser de distinta clase o naturaleza. Variables

como categorías de ocupación, sexo o condición migratoria son un claro ejemplo de este nivel de medición. Lo único que se puede decir acerca de los valores de estas variables es que son distintos. No existe ninguna base para ordenarlos jerárquicamente, o para sacar conclusiones acerca de las diferencias cuantitativas entre ellos. Así por ejemplo, sólo podemos decir que un nativo es distinto de un migrante; o que un obrero es distinto de un trabajador independiente. No se puede afirmar, por ejemplo, que un nativo es mayor, mejor, o está por encima de un migrante.

2. *Nivel de medición ordinal.* Si los valores de una variable pueden ser clasificados de acuerdo a un orden jerárquico o numérico, estamos entonces refiriéndonos a variables ordinales. Típicos ejemplos son el nivel de educación o los niveles de empleo. Aquí sí se puede decir, por ejemplo, que una persona con primaria tiene menos años de educación que una con educación superior. Estas variables, por lo tanto, pueden ser sujetas a las leyes de la transitividad. Sin embargo, ninguna conclusión puede extraerse acerca del grado de diferencia entre los valores. Por ejemplo, la distancia entre una persona sin educación frente a otra con primaria no es la misma a la que existe entre una que tiene secundaria frente a otra con universitaria.

Distintos estadísticos de asociación han sido diseñados para los diferentes niveles de medición existentes. A continuación definiremos los aquí usados.

3. *Coeficiente Phi.* Es un estadístico de asociación que se usa exclusivamente para variables nominales. Su uso más extendido es para tablas de 2 x 2. Sus posibles valores oscilan entre -1 y

+1, donde 0 representa la absoluta falta de asociación, y + 1 perfecta asociación, ya sea negativa o positiva.

4. *Coeficiente V de Cramer*. Es un coeficiente que puede ser usado exclusivamente para variables nominales politómicas (es decir tres o más categorías), o para aquellos casos en los cuales una variable nominal es cruzada con una variable ordinal o interval. Está basado en la prueba del chi cuadrado, pero con la ventaja de que remueve de la medición la contribución hecha por el número de casos y mide, por lo tanto, sólo la cantidad de asociación existente entre las variables. Este coeficiente varía de 0 a 1, donde 0 representa la falta total de asociación, y 1 la asociación perfecta.

5. *Coeficiente Gamma.* Esta es una medida de asociación para dos variables ordinales. Varía de -1 a +1. Este estadístico arroja generalmente valores mayores a los de Tau-b y Tau-c, puesto que está diseñado para medir distribuciones curvilineas de datos, y por lo tanto puede inducir a sobreestimar la fuerza de asociación entre dos variables.

4.*Coeficientes Tau-b y Tau-c de Kendall.* Estos dos estadísticos, al igual que Gamma, fueron creados para medir la asociación entre dos variables ordinales. A diferencia de gamma, sin embargo, miden distribuciones lineales de datos. Tau-b debe ser usado para tablas cuadradas (igual número de filas y columnas), puesto que sólo en este caso puede alcanzar un valor de +1 para la asociación perfecta. Cuando las tablas son rectangulares, Tau-c es el más indicado.

BIBLIOGRAFIA

ALARCO, Germán, Patricia DEL HIERRO, Javier ALVARADO y Máximo VEGA-CENTENO

1986 **Empleo, salarios y distribución del ingreso: márgenes de política**, Taller de Investigación, Fundación Friedrich Ebert, Lima.

ALBERTI, Giorgio y Julio COTLER

1972 **Aspectos sociales de la educación rural en el Perú,** Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

ALVARADO, Javier

1986 "Problemática y política del empleo: el caso de Lima Metropolitana". En G. Alareo **et al**, 1986.

BUCHANAN, William

1974 **Understanding Political Variables**, Second Ed. Charles Scribner's Sons, New York.

COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA (CEPAL)

1983 **Measurement of Employment and Income in Rural Areas,** Estudios e Informes de la CEPAL No.19, Santiago de Chile.

1985 La Juventud en América Latina y el Caribe, Estudios e Informes de la CEPAL No. 47, Santiago de Chile.

CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN

1984 **Perú: Hechos y cifras demográficas,** Lima.

COTLER, Julio

1986 "La radicalización política de la juventud popular en el Perú", **Revista de la CEPAL** 29, Santiago de Chile.

1987 "La cultura política de la juventud popular del Perú". En N. Lechner 1987.

DEGREGORI, Carlos Iván, Cecilia BLONDET y Nicolás LYNCH

1986 **Conquistadores de un nuevo mundo: de invasores a ciudadanos en San Martín de Porres**, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

FERNÁNDEZ, Hernán
1985 **Aspectos sociales y económicos de la educación en el Perú,** Segunda Reunión Nacional sobre Población, AMIDEP, Tarma.
FIGUEROA, Adolfo, Elena RAMOS y Máximo VEGA-CENTENO
1986 **Población, empleo y tecnología,** PUC, Facultad de Ciencias Sociales, Lima.
FITZGERALD, E.V.K.
1981 **La Economía política del Perú 1956-1978**, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
FRANCKE, Marfil
1986 "Mujer, población y desarrollo". En F. Guerra García (editor), **Problemas poblacionales peruanos II**, AMIDEP, Lima.
GALÍN, Pedro, Julio CARRIÓN y Oscar CASTILLO
1986 **Asalariados y clases populares en Lima,** Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
GALÍN, Pedro (editor)
1986 **La jornada extraordinaria en América Latina**, OlT-CIAT, Lima.
GURRIERl, Adolfo, Edelberto TORRES-RIVAS y Aldo SOLARl
1971 **Estudios sobre la juventud marginal atinéamericana**, Siglo XXI Editores, México.
INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA (INE)
1981 "Aspectos demográficos del Perú", **Boletín Especial** No.5.
1983 **VIII Censo Nacional de Población y III de Vivienda 1981, Resultados Definitivos, Departamento de Lima.**
1984ª "La población del Perú 1980-2025: Su crecimiento y distribución", **Boletín de Análisis Demográfico** No. 26, Lima.
1984b "Perú: Participación de la mujer en la actividad económica", **Boletín de Análisis Demográfico** No. 27, Lima.
JHONSON, Janet y Richard JOSLYN
1986 **Political Science Research Methods,** Congressional Quarterly Press, Washington, D. C.
JÚNEMANN, Luis
1987 **Situación y perspectivas del empleo juvenil en América Latina, 1950-1980,** PREALC, Santiago.
KACHIGAN, Sam
1986 **Statistical Analysis. An Interdisciplinary Introduction to Univariate and Multivariate Methods,** Radious Press, New York.
KIRSCH, Henry
1982 "The Participation of Youth in the Develop-

ment Process oí Latin America", **CEPAL** Review, No.18, Santiago de Chile.

LECHNER, Norbert (compilador)
1987 **Cultura política y democratización,** CLACSO-FLACSO-ISI, Santiago.

MARSHALL, T. H.
1950 **Citizenship and Social Classes and Other Essays,** Cambridge University Press, Great Britain.

MENDENHALL, William, Lyman 0TT y Richard LARSON
1974 Statistics: A Tool for the Social Sciences, Duxbury Press, Massachussetts.

MINISTERIO DE TRABAJO, DIRECCIÓN GENERAL DE EMPLEO
1972 **Situación ocupacional en el Perú 1971,** Lima.
1980 **Industrialización, empleo y migraciones internas en el Perú,** Tomo II, Lima.

MUELLER, John; Karl SCHUESSLER y Herbert COSTNER
1970 **Statistical Reasoning in Sociology,** Second Ed., Houghton Mifflin Company, Baston.

PALUMBO, Dennis
1977 **Statistics in Political and Behavioral Science,** Revised Edition, Columbia University Press, New York.

PARRA, Rodrigo
1985 **Juventud y sociedad en Colombia, CEPAL,** Documento presentado al Seminario sobre Planificación de las Políticas de Juventud en los Países del Area Andina, Lima.

RAMOS, Elena
1986 "El empleo en la juventud". En A. Figueroa **et al.** 1986.

ROSPIGLIOSI, Fernando
1987 **Los jóvenes obreros de los '80: inseguridad, eventualidad y radicalismo,** Instituto de Estudios Peruanos, Documento de Trabajo No. 18, Lima.

STATISTICAL ABSTRACT OF LATIN AMERICA (SALA)
1986 Volumen 24, James Wilkie y David Lorey (Editors), UCLA Latin American Publicacions Center, Los Angeles.
1987 Volumen 25, James Wilkie y David Lorey (Editors), UCLA Latin American Publicacions Center, Los Angeles.

SUÁREZ, Rubén
1979 "Población y fuerza de trabajo en el Perú: revisión metodológica e implicancias", **Economía,** PUC, Vol. II, No. 4, Lima.

TERRA, Juan J.
1985 **La juventud uruguaya en el proceso nacional en los últimos veinte años,** CEPAL, Montevideo.
THOMPSON, Dennis
1970 **The Democratic Citizen. Social Science and Democratic Theory in the Twentieth Century,** Cambridge University Press, London, Great Britain.
TOER,Mario
1985 "¿En búsqueda de un nuevo perfil? Los movimientos estudiantiles en el cono sur", **Nueva Sociedad** Nº 76, Caracas.
UNESCO-CEPAL-PNUD
1981 **La educación y los problemas del empleo,** Proyecto Desarrollo y Educación en América Latina y El Caribe, Informes Finales Nº 3, Buenos Aires, mimeo.
VERDERA, Francisco
1983 **El empleo en el Perú: Un nuevo enfoque**, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
1988 "Evolución del problema del empleo de los jóvenes en Lima (1977-1987)", **Análisis Laboral**, octubre.
WAINERMANN, Catalina y Zulma RECCHINI DE LA'ITES
1981 **El trabajo femenino en el banquillo de los acusados: La medición censal en América Latina,** Terra Nova, México.
WICHT, Juan Julio
1980 "La situación demográfica del Perú". En AMIDEP 1980.

La composición de **La juventud popular en el Perú** fue realizada en el Instituto de Estudios Peruanos y estuvo a cargo de Aída Nagata.
El texto se presenta en caracteres Times de 10 p. con 2 p. de interlínea; las notas de pie de página y bibliografía en 8 p. con 1 p. de interlínea. La caja mide 17 x 39 picas.
Los montajes fueron realizados por Hernán Prada.
Se terminó de imprimir el mes de marzo de 1991 en los Talleres de Gráficos S.RL., Seoane 307 - 302, San Borja.

Julio Carrión

LA JUVENTUD POPULAR EN EL PERU

IEP

Serie: COLECCION MINIMA

13. Carlos Contreras
La ciudad del mercurio. Huancavelica, 1570-1700, Lima 1982, 126 pp.
14. José Antonio Lloréns
Música popular en Lima: criollos y andinos, Lima 1983, 163 pp.
15. Enrique Mayer/Marisol de la Cadena
Cooperación y conflicto en la comunidad andina. Zonas de producción y organización social, Lima 1989, 131 pp.
16. Philip Mauceri
Militares: insurgencia y democratización en el Perú 1980-1988, Lima 1989, 70 pp.
17. Paul Gootenberg
Tejidos y harinas, corazones y mentes. El imperialismo norteamericano del libre comercio en el Perú, 1825-1840, Lima 1989, 119 pp.
18. Dennis Chávez de Paz
Juventud y terrorismo. Características sociales y económicas de los condenados por terrorismo y otros delitos, Lima 1989, 61 pp.
19. Harald Mossbrucker
La economía campesina y el concepto "comunidad": un enfoque crítico, Lima 1990, 115 pp.
20. Martha B. Anders
Historia y etnografía: los mitmaq *de Huánuco en las visitas de 1549, 1557 y 1562*, Lima 1990, 98 pp.

ISBN 84-89303-03-7